HERIBERTO NAVARRETE, S. J.

en las ISLAS MARIAS

COLECCION
MEXICO HEROICO

No. 40 • $ 12.00

Editorial JU

HERIBERTO NAVARRETE, S. J.

En las Islas Marías



EDITORIAL JUS, S. A. MEXICO, 1965

PRIMERA EDICION
Junio de 1965.—2,000 ejemplares.

EDITORIAL JUS, S. A.
Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial. Registro No. 56.
Plaza de Abasolo 14. Col. Guerrero.
México 3, D. F.

INTRODUCCION

El coronel Adalberto Tejeda, Ministro de Gobernación del régimen callista en 1926, citó a varios señores obispos a su despacho para una conversación sobre el problema religioso, creado por la ley de Reglamentación de cultos que entró en vigor el 31 de julio de ese año.

No fue para cambiar impresiones sino para reprenderlos y darles órdenes.

Cuando el Excmo. Sr. Arzobispo de México Dr. D. José Mora y del Río le hizo alguna observación, el engreído ministro le dijo mitad en broma y mitad reto:

—"Les queda un recurso: ¡Levántense en armas!"

Dijo más de lo que pensó decir.

Los señores obispos, como le replicó el señor Mora y del Río con mansedumbre al ministro, no tenían ése entre sus recursos aconsejables.

Pero muchos católicos, sobre todo entre la juventud militante en las entonces modernas asociaciones católicas, y una gran masa de campesinos del Occidente del país, aceptaron el reto, aunque conocían la desigualdad de potencia militar y las múltiples restricciones a que estaría sujeto un movimiento armado que debía ajustarse a un mínimo de normas de moralidad cristiana.

La Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, por medio de su Comité Nacional, decretó el movimiento armado como único recurso, lo había dicho Tejeda, para evitar que se impusiera al pueblo la odiosa ley. Y hemos de aceptar dos realidades:

1a. La ley de cultos no está en vigor. Ni pudo estarlo nunca.

2a. Los señores obispos no se levantaron en armas. Algunos de ellos impugnaron el movimiento aun suponiendo que fuera empresa ajena al Episcopado. Otros pudieron simpatizar con la actitud de sus feligreses levantados en armas; pero negaron toda cooperación al movimiento, por lo menos hasta donde lo pude saber yo, y siempre estuve colocado en posición de conocer los secretos y no secretos de la actividad de los promotores y ejecutores principales del movimiento.

Apenas se aceptó el decreto de la Liga en la Unión Popular, de la que era yo Secretario General, y Anacleto González Flores Presidente, nos entregamos a la tarea peligrosísima de provocar sublevaciones armadas y organizar el aprovisionamiento de la incipiente fuerza militar.

Ya en otro libro, *Por Dios y por la Patria,* relaté mi participación en la lucha religiosa durante la persecución callista; pero sólo hice alusión al hecho de haber estado dos meses prisionero en los fatídicos sótanos de la Inspección de Policía en México y otros dos meses deportado en la Colonia Penal de las Islas Marías.

Ahora describiré la vida en los sótanos y en el penal.

Capítulo I

COMPRANDO PARQUE

Luis Morales Serrano, *el Zapirón,* va saliendo conmigo por el ancho zaguán de una casona vieja en las calles de Capuchinas (hoy Artículo 123) en el corazón de la ciudad de México. En cada mano llevamos un paquete del tamaño de una caja de zapatos. De pronto se revienta el cordón con que va atada una de las cajas y caen en la banqueta varios pequeños bultos. Uno de ellos se desbarata y se riega por el suelo el contenido. Cincuenta cartuchos de rifle máusser de los que usa el ejército.

—¡Pero hombre, mira nomás! ¡Andale: vamos juntando esto!

—¡Qué bárbaro. . . y dijiste que eran calcetines!

—Sí, tú. . . Cajas de calcetines que pesan 15 kilos cada una.

—Andale pues. Mira, debajo del coche hay dos. Ahí, junto a la rueda.

Un poco nerviosos volteamos para todos lados y atropelladamente volvemos a echar el parque en la caja. El chofer del coche de sitio nos ve con ojos espantados y no sabe qué partido tomar. Pero no le damos tiempo de pensarlo. Rápidamente subimos, colocamos en el piso del forcito las cajas, y le digo:

—¡Pícale, chofer, porque si nos cachan te amolaste!

Algunos transeúntes, desconcertados, se detienen, pero acaban por decidirse a continuar su camino disimulando. No era difícil comprender que pertenecíamos a los grupos de muchachos agentes de los rebeldes católicos que andaban combatiendo en el campo al gobierno del general Calles.

Ni fuimos nosotros los únicos, ni esa la sola ocasión en que sucedió cosa semejante. Y no siempre los actores vivieron para contarlo.

Logramos así hacer algunos envíos a la región de Los Altos y para el sur de Jalisco. Uno muy historiado fue cuando llegamos a tener almacenados 10,000 cartuchos en unas bodegas de cereales en el mercado de Jamaica. Puesto el parque en 10 sacos de papa, lo embarcamos con destino a La Piedad, Mich. Invité a mi amigo Guillermo Gómez Arana y nos fuimos allá, en donde desembarcamos sin novedad los bultos y contratamos un camión para transportar aquello al pueblo de Degollado, en donde se debía buscar modo de llevar el cargamento a Jesús María, pequeño poblado en donde ya había fuerzas rebeldes avisadas para recibir el parque.

Cuando hubimos depositado la mercancía en un mesón de La Piedad, consideré que sería menos sospechoso que fuera uno solo de ahí en adelante, y me volví a México. Guillermo se fue con el contrabando y después me relató las aventuras que a mí me parecían pintorescas, pero que cuando él las vivió le sabían a tragedia. Dos o tres veces estuvo a punto de ser descubierto por fuerzas militares; en Degollado no pudo encontrar acémilas para llevar los diez sacos de papas y decidió sacar los paquetes de parque; regaló las papas a un arriero que aceptó transportar aquellos otros bultos misteriosos; cargaron en burros el parque acomodado en cajas de empaque y salieron en la noche de camino. El arriero descubrió pronto el contenido de las cajas y se negaba a continuar el acarreo, amenazando con dejar tirada la carga en pleno camino real. Guillermo, para convencer al ranchero, recurrió a la literatura patética. Le dijo del riesgo en que se encontraba la Iglesia, del heroísmo de los cristeros y la urgencia que tenían de aquellos elementos, y creyó que era lícito recurrir a la mentira piadosa diciéndole que el señor arzobispo le había dado aquella comisión y que en nombre del Prelado le pedía que le ayudara a llevarla a buen fin. El arriero mostraba resistencia. Por fin, a fuerza de elocuencia le arrancó Guillermo el consentimiento para seguir adelante. Pero como sospechara que el ranchero tenía sus reservas, extremó la nota dramática: tomó un crucifijo que llevaba al cuello y con gran solemnidad hizo que el arriero pusiera su mano derecha sobre El, y que jurara que nunca revelaría a nadie lo que sabía sobre aquella maniobra y que se comprometía a llevar el parque hasta Jesús María.

Aquellos elementos llegaron a su destino.

Tal vez lo importante no fue el bien que recibían los rebeldes con un puñado de municiones, sino los sacrificios de tantas gentes que se jugaban la vida con heroica decisión.

Otra vez llevamos 5,000 cartuchos hasta el pueblo de Tecolotlán, Jal., el joven Salvador Torres González y yo. Los empacamos en cajas de jabón, y en un camión de pasajeros y carga nos fuimos con ellas. Salimos de Guadalajara por el camino de Ameca. En la garita había un retén militar, y ahí se hacía inspección minuciosa, supuesto que estábamos en estado de guerra, y se sabía que de un modo u otro los rebeldes estaban recibiendo auxilio de las ciudades. Además del parque, éramos portadores de correspondencia de la Liga para los rebeldes: nombramientos para jefes, etc. Al llegar a la caseta de policía se acercó el oficial con dos soldados. Bajó al pasaje. Las cajas de jabón estaban debajo de los asientos, del tipo que tenían los carros de segunda, adosados a lo largo de las paredes del camión. Pregunta el oficial:

—¿De quién son esas cajas?

—Mías.

—¿Qué llevan?

—Jabón para la tienda.

Uno de los soldados hace ademán de levantar la tapa con la bayoneta. Salvador y yo no pestañeamos.

—Deja eso. Está bien. Váyanse —dijo el oficial.

Tampoco suspiramos como aliviados. Con naturalidad subimos como los demás pasajeros y arrancó el desvencijado camión.

En Tecolotlán nos aposentamos en una casa de huéspedes de una simpática señora Martita, muy popular en la región. Tenía como huéspedes a varios jefes militares de los que estaban haciendo la campaña contra los rebeldes. Salvador y yo comíamos a la misma mesa y nos divertíamos harto dialogando con generales y coroneles.

—¿Qué dice, mi general? ¿Ya sueña a Lucas Cueva?

—¡Ese hijo de. . . ! Lo he de ver colgado de un poste del telégrafo.

—Dicen que los dos Cueva son muy valientes, ¿no?

—Rancheros atrabancados, es lo que son. Pero a mí me vienen guangos.

—También dicen que el jefe es un tal Luis Ibarra, que era un líder muy popular.

—El y Guadalupe Gómez son un par de sacristanes.

—Bueno.

—Guadalupe Gómez es un hacendado que pasaba por ser de los mejores charros de Jalisco; muy amigo de Filemón Lepe, que es un gran caballista y habilísimo lazador.

—Serán todo lo que quiera; pero con el gobierno se estrellan.

—¿De modo que usted cree que sofocarán pronto este movimiento?

—Eso no lo sé decir. Los fanáticos suelen resistir más. Puede que se alargue esto; pero al fin el Supremo Gobierno aplastará a estos revoltosos que de pronto están siendo un engorro para mí.

En 3 días que estuvimos en el pueblo llegamos a hacernos de la confianza de jefes y oficiales. Bromeábamos y comentábamos todo el día y aun comenzaron a hacernos algunas confidencias. Supimos de algunos serios descalabros que habían tenido en la campaña y llegaron a confesar su impotencia para organizar batidas efectivas.

Por fin, la víspera de nuestro regreso, me llamó el general a su cuarto y platicamos:

—Ustedes se van mañana ¿no?

—Sí, mi general.

—Y ¿qué tal si se topan con una banda de fanáticos?

—Espero que no pase nada. Hasta me gustaría encontrarlos para conocer a un genuino cabecilla rebelde. Y me han dicho que no les hacen nada a los pacíficos.

—Esa es otra historia. Aquí no hay pacíficos. La gente toda, sobre todo la que vive en el campo, es partidaria de los rebeldes. Los curas los tienen de su parte. Esta rebelión la hicieron los curas; pero

ustedes no son de aquí, y si llegan a creer que tienen algo que ver con el gobierno, se los liquidan.

—¡Oh, no! Yo me las sé arreglar. Y ya tengo ensayada la historia que voy a contarles. Mi abuelo es de Ayutla y mi madre nació en Tenamaxtlán. Y aunque siempre hemos vivido en Guadalajara, me acuerdo de algunos nombres de gente de por acá. Además, es fácil probarles que nada tenemos contra ellos. En último caso, les enseñamos nuestras medallas y escapularios y les decimos que somos del Apostolado.

—¿A poco de veras son?

—Nada tendría que ver, mi general. En México todos somos católicos. Y no por eso todos somos rebeldes. No, mi general, por nosotros no se apure. Nada nos pasará.

—Bueno, joven amigo, yo lo llamé para pedirle un favor. Aquí no puede uno fiarse de nadie. El correo es constantemente recogido por los alzados y ya nos han fusilado varios enviados que llevaban correspondencia oficial. Además estamos por acá cortados y no hay modo de comunicarnos con nuestras familias. ¿Se animaría usted a llevar unas cartas a Guadalajara? Pero algunas son muy peligrosas.

—¡Cómo no, mi general! Deme las que guste. No pase cuidado, que nada sucederá. A estos rancheros yo me los duermo. Y a la mejor ni los encontramos.

Con muchas recomendaciones para que lleváramos bien escondido el paquete de cartas y oficios, nos despidió el general cuando salimos a tomar el camión.

Hasta creo que entregamos en Guadalajara algunas cartas a los familiares; pero con los partes oficiales y requerimientos de más gente y elementos nos reímos con ganas.

Muchos de los elementos de guerra que se adquirían, eran llevados a los rebeldes por las mujeres que poco a poco fueron organizándose hasta constituir la famosa corporación de las Brigadas Femeninas *Santa Juana de Arco.* Muy interesante sería que alguna de las que fueron jefes de dicha organización, que funcionaba de modo análogo a la del Ejército Nacional, escribiera la historia

auténtica de la misma. Hubo señoritas y señoras jóvenes que llevaron a cabo verdaderas hazañas de audacia y valor. Famosas fueron Catalina Chacón, Lupe Padilla, Lola Ontiveros, Catalina de la Peña y Lupe Guerrero.

Los muchachos de la A.C.J.M. prestaban una colaboración decidida y magnífica. Algunos de ellos perdieron la vida en el empeño. Citaría con gusto algunas decenas de jóvenes jaliscienses que trabajaban eficazmente en la adquisición y el envío de pertrechos. Tal vez nunca se conozcan los esfuerzos y sacrificios de muchos; pero Dios los conoce.

Como ejemplo se ha citado ya, en diversas relaciones históricas, el caso de los jóvenes Prisciliano Morales Serrano y Apolonio González, que murieron peleando en el combate de Jalpa, Zacs.

Conocí muy bien a estos dos jóvenes, que fueron alumnos del Instituto de Ciencias de Guadalajara, Congregantes Marianos, y no diré que de cualidades extraordinarias; pero sí muchachos rectos, simpáticos, y de ese tipo idealista que sueña en ser algo grande en la vida. Prisciliano era un muchacho práctico, de mucha habilidad para cosas manuales y tenía gran sentido del humor. Todavía recuerdan las hermanas Ontiveros la vez que un grupo de muchachas y muchachos estaban haciendo experimentos para la fabricación de bombas de mano. Por falta de experiencia en el manejo de explosivos, un accidente hizo que se incendiara una cantidad de pólvora, y Prisciliano sufrió quemaduras en las dos manos.

Unos días después, Morales, muerto de la risa, les ofrecía a las muchachas trocitos de piel que se arrancaba de las quemaduras, diciéndoles:

—Guarden esto, muchachas: después andarán pidiendo reliquias del mártir San Prisciliano, y a la peor no las consiguen.

Los viajes continuos del *Ave China,* Jesús Martínez, Jorge Orozco, y el grupo de Zapopan, habían logrado establecer una ruta de aprovisionamiento desde Guadalajara por Zapopan, la Tusanía, las ruinas de la fábrica de la Escoba, en el rancho de El Cedral,



Catalina de la Peña, de las Brigadas Femeninas Santa Juana de Arco. Se distinguió por su actividad en la compra y conducción de parque para los cristeros de Los Altos, Jal.

Copalita y la antigua hacienda de La Magdalena, para bajar por Copala a S. Cristóbal de la Barranca y vadear el río por el Paso de la Retumbadora.

Miles de anécdotas se conservan entre la gente mayor de esos lugares, sobre el continuo tránsito de contrabandos y lances en que se mezclaban las ambiciones de sobresalir, la emulación, la política de campanario, con idilios del género chico y todo un mundo de colorido pasional, con desenlaces frecuentes de sacrificio de vidas por descuidos, pequeñas traiciones y falta de experiencia.

Así se establecieron otras rutas de comunicación que aun llegaron a hacer servicio regular de correos, por ejemplo, la que organizó Gómez Loza de Guadalajara por Tonalá a Zapotlanejo, Milpillas, Tepatitlán y de ahí por la Capilla de Guadalupe a Arandas y por S. José de Gracia a Atotonilco. Del mismo Tepatitlán había ramificaciones por el Valle de Guadalupe rumbo de Yahualica y hacia el Norte a la región de los Cañones de Juchipila, Jalpa y Tlaltenango.

Guadalajara era el centro de irradiación de una idea que trataba de realizarse por medio de prácticas de guerra lo más apegadas a la decencia y justicia, en cuanto se puede pedir en tales circunstancias. Nunca se podrá hacer una revolución, ni guerra de cualquier tipo, sin desórdenes, porque la guerra misma es un desorden.

No sólo eran los hombres.

Catalina Chacón era una muchacha pueblerina. Todo un tipo. Morena, de ojos y pelo negros, robusta de complexión, continente marcial, movimientos rápidos y seguros. Decisiones instantáneas, voz varonil, frase atropellada por la vehemencia. Poco preguntaba. Lo que sabía mejor era ordenar. Se decía, no sin fundamento, que su hermano fue víctima de aquel temperamento porque Catalina no quiso oír hablar siquiera de que su hermano se quedara en casa a raíz de los primeros levantamientos cristeros. Y allá va él a sentar plaza. Ella ocupó en poco tiempo un puesto de primera línea en las actividades encomendadas a las mujeres.

Armas, parque, dinamita, provisiones de boca, ropa, etc., fue

mercancía en que traficaba rutinariamente y con la naturalidad de quien comercia con cereales en un mercado normal.

En esas andanzas se fue a vivir a Guadalajara.

Un buen día, su mamá entra despavorida a la recámara de Catalina:

—Cata, ahí está la policía. Hay dos agentes en el pasillo.

En ese momento tocan en el cancel. Catalina sale muy serena a recibirlos; abre la reja y con movimiento rápido saca de su bolsa de mano una pequeña pistola automática.

—Levanten las manos y salgan caminando hacia atrás. Cuidado con movimientos sospechosos porque disparo.

Los policías no podían escoger. Caminando lentamente retrocedieron hasta salir a la calle vigilados de cerca por Catalina, automática en mano.

Con la violencia del caso cerró el cancel, cruzó por patios interiores habiendo saltado una tapia, y minutos más tarde salía a la calle de espaldas de su casa por camino que ya tenía escogido para escapar.

Pero la policía no se dio por vencida y preparó con cuidado la maniobra del desquite.

Catalina siguió en sus movimientos como si nada.

No pasó una semana desde el incidente narrado, cuando nuestra heroína salía de su casa muy quitada de la pena y al cruzar el batiente fue detenida por dos agentes, con sus pistolas amenazadoras a la altura del pecho de Catalina.

—Cuidado con las manos, señorita. Permítanos su bolsa de mano.

Tampoco ella tuvo otra cosa que hacer y dejó que uno de los policías le quitara su bolsa, la abriera y sacara su pequeña Colt 25.

En tono de reproche sarcástico les dice:

—Así serán valientes, con una mujer indefensa.

La subieron a un automóvil y fue a dar a la Jefatura de Operaciones, de donde la llevaron hasta el Cuartel General, en donde Joaquín Amaro, a la sazón Ministro de Guerra, dirigía la campaña. Estaba el cuartel general por el rumbo de Irapuato.

Nunca quiso Catalina contarme sus experiencias de los días que

estuvo prisionera de Amaro. Pero sí aseguró que el trato que le dieron fue comedido y respetuoso.

Entre nosotros era entonces conocida como *La Mujer Indefensa.* Hoy es una Reverenda Madre de las Carmelitas de la estrecha observancia.



Billete de la emisión que hizo la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, el año de 1927, para recabar fondos destinados a la campaña de los cristeros. Anverso.



Billete cristero. Reverso. La firma es del Secretario de la Liga, José Tello (pseudónimo).

Capítulo II

EN LOS SOTANOS DE LA INSPECCION DE POLICIA

TENEMOS UN DEPARTAMENTO en la calle de Luis González Obregón. Somos una pequeña colonia jalisciense en la ciudad de México.

El núcleo de dicha colonia, que dimos en llamar *La Casa de la Troya,* lo formaron 4 estudiantes de medicina que fueron expulsados de su escuela profesional en Guadalajara, por órdenes directas del gobernador de Jalisco, José Guadalupe Zuno, en 1926. ¿Motivo de la expulsión? Que aquellos cuatro muchachos firmaron una pública protesta en contra de una de tantas arbitrariedades cometidas por el gobierno en contra de los establecimientos católicos de enseñanza.

Los nombres de los jóvenes exiliados de su provincia: Hilario Pérez, Adalberto González Luna, Alberto Cueva Brambila y Gabriel Vázquez Arroyo.

Luego se les agregaron algunos compañeros que por causas diferentes fueron a continuar sus estudios a México. De manera estable formaron parte del grupo Ricardo Hernández Chávez, Carlos Torres y Luis Morales Serrano.

Por el mes de marzo de 1926 yo fui a dar con aquellos muchachos como a mi propia casa. Ellos sabían que mi estancia en México se debía a que los católicos militantes de Jalisco necesitaban un agente en la capital que coordinara los trabajos subversivos, sobre todo en el capítulo de adquisición de parque para los rebeldes que en gran

número peleaban ya en los estados de Jalisco, Colima, Michoacán, Guanajuato, Aguascalientes y Tepic.

Tener un complotista entre ellos les divertía mucho. Llegaban hasta a prestarme valiosos servicios, cooperando ocasionalmente en mis trabajos.

El sábado 2 de abril de aquel año de 27, poco antes de comer, estamos en casa Morales Serrano, González Luna y yo. Entra una de las sirvientas y me habla:

—Señor Navarrete, le busca un señor.

Salgo a la puerta. Nuestro departamento está en el segundo piso, y la puerta de entrada da a un corredor-pasillo que es común para los inquilinos de otros departamentos.

Ahí está un joven que al verme salir hace un gesto como de quien ya me conocía:

—Señor Navarrete, buenas tardes.

—Buenas tardes.

Baja un poco la voz y me dice en tono confidencial:

—Le traigo una carta del licenciado González Flores de Guadalajara. Usted es Heriberto Navarrete ¿no es así?

—Sí, yo soy. ¿Quiere usted pasar?

—Creo que no es necesario.

Saca de la bolsa del saco un sobre tamaño oficio e inicia un movimiento como para entregármelo; pero antes de hacerlo retira la mano y da un paso hacia atrás. Yo salgo entonces al corredor en ademán de alcanzar el papel, mientras le digo:

—¿Qué hace? ¿No es para mí?

—Sí. Es para usted, pero es una orden de la Inspección de Policía para que se presente allá luego.

Con el típico movimiento de los detectives me mostró su placa de Agente Secreto, que llevaba debajo de la solapa.

—¡Ah! Eso es. Por ahí podía haber comenzado. Supongo que no tendrá usted inconveniente en esperar un momento para que me pongan una inyección. Está ya hirviendo la aguja.

—No tengo ningún inconveniente. Lo esperaré.

Yo me hago cargo. En el descanso de la escalera está otro tipo apostado, con todo el aspecto de policía. Entro en casa.

—Zapirón, es la policía.

—¡Qué barbaridad! ¿Qué será bueno hacer?

Al entrar, yo había cerrado la puerta. De pronto se me ocurre escaparme. En seguida de nuestra casa, está la Escuela Nacional Preparatoria. Hay una serie de balcones contiguos, los de nuestra casa y los de la Prepa. Es cuestión de saltar la verja, dar tres pasos en la cornisa y brincar a la ventana que sin duda me llevaría a un salón de clases. Lo demás ya se vería. Saldría por las calles de San Ildefonso entre los numerosos grupos de estudiantes. Comunico la idea en voz baja a los muchachos, y Zapi dice:

—Sí, sí, vete. Date prisa.

Yo, asiéndome del marco de la ventana, hago impulso pisando en la verja, cuando Adalberto me coge del faldón del saco.

—No, Heriberto, no lo hagas. Te van a matar. Y nos vas a comprometer a todos.

El Zapirón, con tono de ruego, me dice:

—No le hagas caso. Vete, vete: si te llevan a la Inspección te asesinan. Juégatela.

A González Luna le dice:

—Deja que se arriesgue. A él le cortan el pescuezo. A ustedes nomás les quitan la chamba.

Los muchachos eran practicantes de la Cruz Verde, que era la Sección Médica Municipal.

Mi reacción fue momentánea.

—Bien está, Adalberto. No te preocupes, voy a la Inspección.

Cruzo la salita y me sale al paso la señora que hacía casa al grupo. Lleva en la mano un plato con una copa de coñac. Me dice:

—Tome, Navarrete. Para el susto.

—Si es para el susto tómeselo usted. Está temblando.

Me dirijo a la puerta y Luis Morales se va conmigo. Le dice al policía:

—¿Puedo acompañarlo?

—Sí puede.

Tomamos un tranvía en la esquina de Donceles y Argentina. Vamos en un asiento Luis y yo, y en el inmediato de atrás dos agentes. Yo le voy haciendo recomendaciones a Luis, en voz baja. Le doy disimuladamente unas tarjetas de identificación falsas que llevaba conmigo y por fin llegamos a la Inspección de Policía en la plaza del Caballito; al entrar a la Comandancia ya no le permiten el paso al Zapirón. Quiere despedirse de mí y se lo impiden. Le doy las gracias ya desde el otro lado de la reja. El está llorando.

Frente al Comandante:

—Su nombre.

—Heriberto Navarrete.

—¿Ratero?

—No señor. Honrado.

—¿Vicioso?

—No señor, decentísimo.

—¿Por qué vienes aquí?

—No vengo; me traen. La razón es que muchos mexicanos andamos fuera de lugar.

—Eso no me importa. ¿De qué te acusan?

—De ser católico.

—¡Ah! Tú eres de esos rebeldes. . .

—Soy rebelde contra toda tiranía. . .

—Bueno, bueno. Aquí no se trata de echar discursos. Alberto: pásalo por la báscula y enciérralo en el uno. Avisa al jefe de guardia que le ponga centinela de vista y que bajo su responsabilidad queda el joven rigurosamente incomunicado en las condiciones que se diga en la remisión.

Dirigiéndose a mí agregó:

—Vamos a ver qué tan valientes son estos muchachitos gritones. No se vaya a rajar cuando lo quiebre Palomera López.

Quien hablaba era el Comandante de Agentes de la Policía Secreta.

El calabozo número uno estaba estratégicamente colocado para incomunicar a un preso. No tenía ventana a los patios y la puerta de ingreso daba a un corredorcito oscuro, en el centro del sótano.

Al entrar se tenía la impresión de estar totalmente ciego. Quedo en aquella espesa tiniebla como abandonado en el centro de la tierra. Tentaleando alcanzo a resbalar mis manos en una pared. Resbalar está bien dicho: se palpa sucia, viscosa. Tres pasos y se topa con la otra. Es una caja, es una tumba. En cualquiera dirección se acaba el espacio a los tres pasos. Huele a letrina. No me dan náuseas. Sería un lujo cualquiera sensación normal. . . No, si ya no estoy vivo. . . estoy sepultado en una fosa séptica. . . Quería llorar. . . ¿Lloraba? No sé. Recuerdo que me dijo el centinela, a quien adivinaba como una sombra en la sombra:

—No se raje, muchacho. Ya se va a acabar todo. Es un ratito.

Estoy fatigado.

Me resbalo recargándome en la pared y no sé cuánto tiempo estuve sentado en el suelo.

El despacho de José Mazcorro es pequeño. Yo estoy de pie frente a su escritorio. El se mueve constantemente en su sillón de muelles:

—¿Tú conociste al licenciado Anacleto González Flores?

—Sí. . . Somos amigos.

—Era tu amigo. . .

—Es.

—Lo fusilaron ayer en Guadalajara.

—¡Ah!

Ya no entiendo nada. Todo me da lo mismo.

El mundo mío se ha desquiciado. Da vueltas un torbellino que me está arrastrando. . .

—¡No sé! No sé nada. Hagan lo que quieran.

Como entre sueños oigo frases:

—Se lo va a llevar. . .

Pero. . . ¿qué? Es una nube blanca. . . ¡Cómo brilla en la lejanía luminosa! No está lejos. . . Sí. . . está muy lejos, pero me envuelve. . . Estoy en medio de la luz. . . ¡Cómo brilla! Quiero situarme. . . Estoy en el calabozo. . . Qué oscuridad. . . ¡No! . . . ¡Cuánta luz! . . . ¡Ya no estoy en la tierra! . . . *¡Maestro!* ¡Anacleto! Te mataron. ¿Es verdad? Te veo como eras: tu gesto, el rayo de luz de tu mirada. . . No me ve a mí. Estoy fatigado.

Hay un retorno a la conciencia de la realidad. ¿Qué ha sucedido? Ahora recuerdo. Estoy preso. Ayer mataron al Maestro y a Luis. Dicen que me van a matar a mí hoy. No sé si es de día o de noche. Mi calabozo es muy chico y sucio. Trato de reconocerlo al tacto, el piso está muy resbaloso. Me deslizo y quedo sentado en el suelo. Voy a rezar. Vuela mi pensamiento:

—Anacleto: a ti ya te mataron. Yo no quiero morir todavía. Tú ya estás en el cielo. Yo tengo miedo. . . Dios te salve, María, llena eres de gracia. . . El torbellino me arrastra. . . ¡Qué velocidad!

¿Cuánto tiempo duró aquello? Tuve hambre, tal vez dormí. Afuera de la reja pasaba el centinela hacia un lado, hacia el otro. Ritmo tosco de pasos firmes.

—Soldado, ¿cuánto tiempo llevo aquí?

—Desde antier.

—Tengo mucha hambre.

—¿*Trais* dinero?

—Cinco pesos. Es una moneda de oro.

—Dámela. Cuando acabe mi guardia te traigo algo de comer.

Poco después devoraba unas tortas compuestas, bebía una cerveza. Los dos soldados se acercaron más a la puerta de gruesos barrotes.

—Soldado ¿qué día es hoy?

—Lunes.

—¿Por qué no me han matado?

—No sé.

Se oye ruido de cadenas. Pasos en los corredores del sótano. Una voz ronca:

—Heriberto Navarrete.

—Yo soy.

Salgo. Ante el Inspector General.

Estoy frente a Roberto Cruz.

—¿Cómo te llamas?

—Heriberto Navarrete.

—¿De Guadalajara?

—Sí señor.

—¿Cómo te han tratado allá abajo?

—Bien.

El general Cruz sonríe.

—No te va a pasar nada. Tienes una visita.

El mismo abre la puerta, y paso a una sala en donde una elegan señora, desconocida para mí, se adelanta y con efusivo ademán m tiende los brazos.

—Sobrino, qué gusto de verte. ¿Cómo estás?

—Muy bien, tía.

—Aquí está Rosa; pero no vino conmigo porque no sabía yo qu te iba a poder saludar. Ya se arregló todo. Tu mamá habló con el señor Presidente Calles esta mañana. Ya te van a cambiar de aquí

—Gracias, tía.

Nos despedimos. Para mí era sólo en parte un enigma. Casi adiv né lo que había pasado. Luego lo supe de cierto.

La señora era una de las damas que más trabajaban en Méxi para suavizar las asperezas de aquella persecución insensata.

Era la señora Luján de Creel.

A mí me aprehendieron el sábado 2 de abril de 1927. El viern 1o. habían asesinado en Guadalajara a mis amigos ya mencionad

En cuanto Luis Morales Serrano me dejó en los sótanos, puso guardia a los muchachos de la Casa de la Troya y luego se comunic ron con las hermanas María y Chita Méndez, que hacían casa al señor arzobispo de México, Mora y del Río. Interesaron a és que puso en movimiento a las señoras, entre quienes había algun bien relacionadas con personajes de la administración callista. Un de ellas, Asunción Fernández del Valle de Gangoiti, obtuvo del gen ral Cruz la promesa de intervenir para que por lo menos no se fes nara una fatal orden en mi contra. Hubo que entregarle alguna fue te cantidad de dinero.

La circunstancia de que se interponía el domingo facilitó el trá mite. El lunes me llamó el general Cruz como dejé narrado. Lueg tuvo una conversación con José Mascorro.

—¿Qué sabe de ese muchacho Navarrete?

—Agente de los rebeldes de Jalisco. Representante del movimie

to ante la Liga. Ha enviado ya cantidades fuertes de municiones al campo. Es un tipo listo. Tengo muchos antecedentes de sus actividades.

—Bueno. Pero es un chiquillo.

—Parece un chiquillo. Es retobado y altanero. Era secretario de González Flores y tiene todos los hilos del movimiento en Jalisco y estados limítrofes. Pero es fanático. No suelta nada.

—¿Y qué propones?

—Palomera López. . .

—Me van a decir Herodes.

—Tú dirás.

—Hablaré con el señor Presidente. El muchacho queda a mi disposición.

Los sótanos de la Inspección eran una prisión preventiva. De acuerdo con la ley, un detenido no podía estar ahí más de 72 horas, pues en ese plazo, la policía debía reunir suficientes datos para consignar al presunto reo o para devolverle su libertad.

Con la gran mayoría se cumplía el requisito; pero con los rebeldes era diferente. No se quería llevar los casos a los jueces competentes, ni dejarnos en libertad.

Yo me iba haciendo veterano en los sótanos. Mi carácter alegre y bromista me ganó la confianza de los agentes, sobre todo los que solían estar de guardia vigilando en los sótanos.

Entre ellos había uno que hizo especial amistad conmigo. Se llamaba Alberto Elizarraraz. También otro de apellido Tapia.

Recuerdo a un joven de apellido Angulo, que fungía como secretario de José Mascorro. Pero el de más definida personalidad era sin duda Alvaro Basáil, muy de las confianzas del general Roberto Cruz y a quien todos tenían por un habilísimo detective.

Basáil me llegó a tener mucha confianza. Meses después lo encontré en la ciudad de México, recién vuelto yo de la Colonia Penal de las Islas Marías, y él insistió mucho, con grandes muestras de interés y estimación, para que aceptara irme a trabajar con él en actividades de investigación detectivesca. A mí me daba mucha risa

su insistencia, pues cuando eso sucedía, yo estaba a punto de irme a Jalisco para incorporarme en las filas de los cristeros.

La noche del 22 de abril de 1927 yo me hallaba fuera del calabozo, en los pasillos, jugando baraja con Alberto Elizarraraz, que estaba de guardia. Solía yo encargar con un policía cerveza y unas tortas compuestas y cenábamos el agente de guardia y yo, entretenidos con la baraja hasta la media noche. Luego le entregaba las llaves de los calabozos, me metía en el mío y me acostaba a dormir. Ya me iba a retirar aquella noche, cuando oímos que llegaba a la puerta-cancel de ingreso a la crujía, un agente que conducía a nuevo preso, y según costumbre, gritó al acercarse:

—"Agente de guardia, pasa uno al tres".

Nos levantamos para recibir al prisionero. El calabozo número tres era el mío. Aquella misma tarde había ingresado al tres un joven de nombre Guillermo, que fue detenido a la llegada del tren de Pachuca para cumplimentar un exhorto de aquella ciudad, pues Guillermo había cometido un homicidio y huído a la capital. El calabozo 3 era de los chicos, de modo que a mí me molestó un tanto el oír que venía un tercer recluso a mi habitación. Además, ya en la tarde había compartido mis pertenencias con Guillermo. Tenía yo un buen alto de periódicos que era el mejor medio de aislarse de la humedad y del frío del piso, y dos o tres colchonetas con algunas cobijas. Por eso me incomodó también el nuevo huésped, que venía a mermar tan relativo confort. De mal humor abrí el candado del 3 y me encaminé al cancel en los momentos en que Elizarraraz lo abría para dar paso a un hombre de buena estatura, más bien corpulento, tocado con sombrero de los que se llamaban de *bola* o *bombín,* que sólo usaban las gentes mayores y de algún respeto. Llevaba puesto un sobretodo negro y caminaba con paso marcial que imprimía a su continente un aire de solemnidad.

Elizarraraz me dice:

—"Pásalo por la báscula" —al tiempo que toma la lista y le pregunta su nombre al recién llegado.

"Pasar por la báscula" significaba registrarlo una vez más. Ya cuando llegaba un detenido a la comandancia de agentes lo habían

registrado y le habían recogido los objetos de valor, que conservaban en las oficinas para entregárselos cuando salía en libertad. Cuando menos así se suponía. Pero al ingresar a lo que propiamente era la prisión, se le hacía al detenido un registro más minucioso. Eso era lo que yo solía hacer por encargo del agente.

Me dispongo a hacerlo en el momento en que nuestro huésped contesta:

—"José de Jesús Manríquez y Zárate".

Una bomba que hubiera estallado a mis pies no hubiera causado en mi ánimo tan tremenda impresión. Reconocí inmediatamente a quien no había encontrado antes personalmente, pero muchas veces había visto en fotografía: era el Obispo de Huejutla. En un instante estallé. Me dirijo al agente con iracunda voz:

—Déjate de estupideces, Alberto. Son ustedes unos hijos del demonio. Ya no saben lo que hacen. El señor es un Obispo y este no es su lugar de ningún modo. Están ustedes dando palos de ciego.

Le tiré las llaves sobre la mesa y agregué:

—Enciérrame ya, cómplice de bandidos.

Elizarraraz recogió las llaves mientras me decía:

—Oye, Navarrete, ¿yo qué tengo que ver en esto? Yo vivo de mi trabajo aquí y nada malo hago en este caso.

—No me hables, Alberto. Calles y todos sus empleados son unos demonios. Y el diablo se los ha de llevar.

El señor obispo se dirige a mí con mesurada voz, al tiempo que yo doblaba la rodilla frente a él para besar su anillo pastoral.

—¿Qué, tú no eres empleado, hijo?

—No, señor, sería una maldición para mí. Yo estoy preso porque soy acejotaemero y complotista cristero.

—Que Dios te bendiga, hijo. Y a los perseguidores de la Iglesia, que Dios Nuestro Señor les perdone. Pide por ellos.

—No, señor, yo le pido a Dios que los castigue, que los humille y confunda como decimos todos los días los de la Unión Popular en Jalisco.

—¿Tú eres jalisciense?

—Sí, señor. Yo escribí a su Ilustrísima en dos ocasiones para felicitarlo por sus famosas pastorales. Era yo secretario de la U. P. y lo hacía por encargo del licenciado Anacleto González Flores.

—¡Oh, sí! Ahora recuerdo tus cartas. Me da gusto saludarte y bendecirte.

Entramos al calabozo, donde Guillermo dormía profundamente. Yo estaba muy excitado. Comencé a llamar a voces a Guillermo para acomodar las cosas y hacerle una aproximación de cama al señor obispo. Guillermo, medio dormido, decía muchas picardías. Yo trataba de hacerlo caer en la cuenta de la situación:

—Cállate esa boca, pedazo de majadero. Mira quién está aquí.

Restregándose los ojos, se incorporó el joven y no acababa de comprender lo que veía. Se dirigió al señor:

—¡Qué! ¿No estamos en la cárcel?

—Parece que sí, joven.

—Pero. . . ¿No es usted padrecito?

—A sus órdenes.

—No entiendo.

Yo tercio en la conversación.

—Nadie entiende, sino los que sabemos que estamos viviendo bajo un régimen de dictadura. Y torpe dictadura, además.

El señor obispo impide que Guillermo deshaga su cama y lo invita para que vuelva a acostarse y siga durmiendo. Cuando yo insisto para que nos permita hacerle campo al señor, éste me dice:

—No, hijo. De ningún modo podría dormir. Y ya es tarde. Reposen ustedes.

Guillermo se vuelve a recostar y al instante se queda dormido.

En ese momento Alberto Elizarraraz se acerca a la reja y me dice:

—Oye, Navarrete: Yo siento lo que pasa. Si puedo hacer algo por ustedes, dímelo. Estoy a sus órdenes.

—Bueno, Alberto. Yo sé lo que puedes y lo que no. De pronto tráeme dos sillas para sentarnos.

El señor me dice que ojalá se pudiera enviar un recado a una persona en la ciudad, porque a él lo aprehendieron en una calle de Pachuca y no le han permitido comunicarse con nadie. Vuelve Al-

on las dos sillas, y yo le entrego dos pesos y le doy instrucciones:

—A las 7 de la mañana te relevan. Toma luego un libre y vas a las calles de Justo Sierra, y en el número 33 avisas que el señor obispo de Huejutla está en los sótanos. Que le traigan de comer y algún dinero.

Pasamos el resto de la noche platicando, y en la mañana vinieron de mi casa, y las amistades del señor obispo con las noticias más recientes, confirmadas por Angulo, Basáil y otros agentes. Eran éstas: en la Inspección de Policía se encontraban prisioneros del gobierno 5 ó 6 señores obispos; pero se les había alojado en el edificio principal, en salas que se llamaban de considerados. Solamente al señor de Huejutla se le había enviado a calabozo. Desde luego se comprendía la razón de tan merecida diferencia.

El señor de Huejutla supo a media mañana que él y todos los otros obispos serían expulsados del país y que aquel mismo día saldrían para la frontera, custodiados por un grupo de agentes. Angulo vino conmigo y me dijo que si tenía mil pesos en oro, él arreglaba que me enviaran con los señores obispos a Estados Unidos.

Yo le dije que contara con el dinero porque mi madre me había dicho que un grupo de señoras de la Unión de Damas Católicas le había ofrecido aportar fuerte cantidad para conseguir que me dejaran libre.

Al caer la tarde fue llamado el obispo de Huejutla. Antes de salir nos dio su bendición, me escribió una dedicatoria honrosísima en la primera hoja de un libro de los varios que conservaba yo, el *Florilegio Eucarístico* de Alfonso Junco, y se despidió. Ya en la noche vino Angulo y me dijo que había sido imposible arreglar mi expulsión del país. Mi madre había logrado una entrevista con el Presidente Calles y éste le había dicho que no tuviera temor de que me hicieran desaparecer; pero que tampoco podía ordenar mi libertad porque yo merecía un buen castigo y me lo iban a dar.

Cerca de dos meses llevaba ya en los sótanos cuando supe de buena fuente el castigo que me aguardaba. Habían decretado la deportación de un grupo de individuos que estaban en semejantes condiciones a la mía, a la colonia penal de las Islas Marías.



León Avalos Vez, deportado a las Islas Marías en 1927, cuando era alumno de la escuela de Ingenieros Mecánicos Electricistas (EIME). Graduado en el Instituto Tecnológico de Massachussets, fue el Primer Director del Tecnológico de Monterrey, N. L. en México.

Por aquellos días conocí en los sótanos a León Avalos Vez, aprehendido por sus actividades en uno de los equipos más activos de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa. Con él había sido aprehendido el chofer del coche en que transportaban propaganda subversiva. También llegó detenido, procedente de León, Gto., Salvador Alvarez Patrón, compañero mío de actividades en la A. C. J. M. de Guadalajara. Este muchacho fue quien proporcionó a la policía, por inexperiencia y una torpeza que nunca creí culpable, la pista eficaz para la aprehensión de Anacleto González Flores, Luis Padilla y los hermanos Vargas González, ejecutados en Guadalajara. En el siguiente capítulo haré narración pormenorizada de ese hecho.

Capítulo III

LA DENUNCIA

EXCUSADO ES DECIR que a la denuncia de Salvador se debía que estuviera yo prisionero. Yo no lo sabía de cierto.

Estaba muy quitado de la pena en mi calabozo como a las 3 semanas de mi cautiverio, cuando vino un agente y me dijo:

—¿Conoces a Salvador Alvarez Patrón?

—Sí.

—Acaba de llegar preso. Lo trajeron de León, Gto. Te oyó cantar y se puso muy nervioso. Ahora me llamó y me dijo que no quiere verte. Que él denunció al licenciado y a ti y a todos los compañeros.

—¿En cuál está?

—En el dos.

—Abreme la reja.

Quita la cadena y yo me voy derecho a la reja del dos. Está Salvador solo en el pequeño calabozo. Me acerco y cogiéndome de los barrotes como si quisiera abrir, oprimo la cara contra las rejas y me quedo un rato viéndolo a la cara. El se demuda; aprieta los puños de ambas manos como si me fuera a atacar. Por fin le digo con tono de fuerte reproche:

—¿Qué te había hecho el Maistro?

El gira rápidamente sobre los talones, y de cara a la pared oprime todo el cuerpo contra el muro mientras da fuertes golpes contra el mismo, a puño cerrado. Me está dando la espalda. Entre sollozos, y ronca la voz, dice:

—¡Vete!... ¡vete!... ¡No me veas! ¡Veeeteeeee!

—Nada ganamos con eso, Salvador. No te volveré a reclamar; pero cuéntame lo que pasó.

—No quiero. Vete.

Y seguía sollozando y golpeando la pared de la celda.

Comprendí que debía retirarme, y también el agente me dijo:

—Es mejor que lo deje. Está muy nervioso.

Dejé pasar aquel día; pero no dejé en paz a Salvador. Cantaba más, canciones que tuvieran alguna remota alusión a nuestro caso. Resonaba en los sótanos mi penetrante voz, con el corrido de Benito Canales:

"Decía Benito Canales
Cómo te lo había de creer:
Que siendo mi compañero
Me hayas venido a perder".

Y desde su celda Salvador gritaba:

—¡Cállate!

Yo seguía entre risa y risa:

"Decía Benito Canales
Cuando se estaba muriendo:
Mataron un gallo fino
Que respetaba el gobierno".

Dos o tres días pasaron y Salvador estaba más tranquilo. En plan de amigos me relató su historia.

Alvarez trabajaba en mi grupo muy bien. Hizo varios viajes por el norte y el centro del país cumpliendo comisiones, organizando la compra y transporte de parque y otros elementos de guerra y sirviendo de intermediario entre los rebeldes y las autoridades de la Liga.

Estaba alojado en una casa de huéspedes de la ciudad de León, Gto., cuando se presentó en su busca un hombre que tenía toda la apariencia de un ranchero alteño. Decía Salvador que hubiera ju-

rado que era un güero de San Julián o Arandas. Con el mismo tono de voz, los movimiento idénticos y todo el estilo alteño le dijo:

—¿Usted es el señor Alvarez?

—Para servirlo.

—Sabe usted, yo no sé si puedo tratar aquí un asunto de cuidado. Usted me dirá. ¿Hay seguridad en la casa?

—No sé de qué pueda tratarse. Pero dígame acerca de lo que se trata y veremos.

—Bueno, mire, al cabo estamos solos. Y la señora de la casa es de los nuestros. Como toda la gente de por acá.

Salvador adopta una actitud indiferente y dice:

—No sé a qué se refiere.

—¡Cómo no! Es natural que lo diga; pero yo estoy en todo. Conozco al señor Ornelas, y Victoriano es mi amigo. A la mejor usted ha estado en mi rancho. Tengo un potrerito ahí por el rancho de "Gualajarita" y vivía muy a gusto criando mis animalitos y cosechando mi maicito en paz. Pero estos indinos lo han trastornado todo. Diosito no los ha de dejar que se salgan con la suya. Tenemos que ver a nuestros padrecitos volver a sus iglesias y tenemos que volver a vivir en santa paz.

—Bueno, bueno. Todo eso estará bien; pero ¿yo qué tengo que ver en eso?

—Téngame paciencia, mi amigo don Salvador. Todos tenemos que ver en eso. Ustedes lo hacen muy bien.

—¿Quiénes somos nosotros?

—¡Ay, don Salvador! ¿Cómo no va a saber? Le digo que yo los conozco a todos. A don Anacleto lo oí en una junta de Jefes de la Unión que hubo en Guadalajara. Y Navarrete es mi amigo; pero no he podido dar con él. A la mejor ya anda en el cerro, porque hace días que supe que pasó para el rumbo de Ameca.

—Mire, amigo, yo no sé de lo que está hablando y por lo pronto vámonos despidiendo.

—Pos yo creí que ya iba a arreglar mi asunto, pero según eso me equivoqué de rincón. No. Y usted es listo y hace bien en guardar los secretos como se debe. Si yo mismo creo que hablé ya de

más. . . Y se juega uno el pellejo. Yo quisiera tener alguna seña para que usted me agarrara confianza; pero sólo le puedo decir que estuve con Miguel Hernández hará cosa de un mes y que he tratado mi asunto con Jesús Zermeño y con Juan Padilla del Ojo de Rana; pero me ha dicho que vaya a Guadalajara a decirle al licenciado Anacleto lo que yo quiero.

Se hace un largo silencio; pero Alvarez no hace ademán de retirarse. Y el ranchero, sin prisas, con el más puro estilo del alteño, se atreve a continuar:

—No se preocupe, amigo. Yo daré con el jefe. . . o poco voy a vivir. . . Pero nada pierdo contándole algo de mi asuntito, al fin ya me vendí y de sobra sabe usted con qué clase de cucaracha se topó.

Alvarez sigue en silencio.

—Sabrá usted que en Gualajarita tengo un entierrito. . . no es cosa grande, no. Unas tres docenas de rifles y carabinas con su buena dotación. Luego ya estamos de acuerdo los muchachos en juntarnos al movimiento y todos me reconocen como cabeza. Ya andaríamos en el cerro, pero he hablado con Jesús Macías, con Chon Ibarra y otros jefecillos, y todos quieren que me junte con ellos pero que les entregue todo, y no me equivoco si digo que me trairían de recluta luego. Quise hablar al Padre Vega; pero. . . le tengo miedo. Ese me da de cintarazos y me quita el entierrito. . . si no es que me fusila.

—¿Entonces qué quieres?

—Pos que me aseguren que puedo trabajar con mi gentecita y me digan pues. . . pues, qué grado voy a tener. Yo sé pelear. . . y no quiero saber quién sea el que atore como yo a la hora de los cocolazos. Mire, amigo Alvarez, usted no sabe con quién está hablando. . . pero esta revolución no se puede perder y. . . estará mal decirlo, pero un día usted me verá de general. . . o si no me ve es ya que Dios me recogió.

Mientras aquel hombre hablaba, no dejaba de accionar y moverse sin afectación, con mucha naturalidad. Y en varias ocasiones se le abrió su camisa de gruesa manta, percudida con el más

genuino tono del polvo rojizo de las tierras arandeñas. Y sobre el velludo pecho del ranchero campaneaba un crucifijo de madera y descascarada guarnición de metal niquelado.

Alvarez simpatizaba ya con el ranchero.

—Bueno, bueno, mi amigo don Salvador, ya no le quito el tiempo. Si usted no puede arreglar mi asuntito, ni me puede mandar con el que pueda. . . ni modo.

—Mire, amigo, no vaya usted a creer. . . desconfianza no le tengo. Pero yo no soy quién para asegurarle nada. Sólo hablando con el Maistro, o con Navarrete. Pero no es fácil dar con ellos.

—¿Usted qué me aconsejaría?

—Ir a Guadalajara.

—¿Y a quién me dirijo?

Aquí confesaba Salvador que se ofuscó. Lo había metido en el callejón y siguió adelante. Por lo demás, sentía que pisaba en firme. Aquel ranchero era auténtico alteño. . . Sí, se le veía. . . Debía ser muy bravo. . . Salvador iba a hacer una valiosa adquisición para la causa.

—Bueno, mire ¿me puede jurar sobre su crucifijo que a nadie dirá lo que voy a comunicarle?

—Como sea necesario para cumplir mi compromiso. Seguramente. No tenga ningún cuidado. Delo por hecho que soy hombre de mi palabra. Y no es fuerza que me diga muchos secretos. Nomás a quién me dirijo en Guadalajara para que me conduzcan ante el licenciado. Y eso es todo. O si cree que puedo arreglar mi asunto con otro jefe, no estoy necio a ver a don Anacleto. Usted guíeme. Una cosa sí quiero: que me den escrito el trato que hagamos y que sea con el que pueda comprometerse. Porque andando el tiempo no me hagan menos.

—Bueno, que conste que ha jurado no decir nada a nadie.

—Esté usted seguro que nada se me saldrá.

En un minuto Salvador Alvarez le dio al desconocido los domicilios escritos de la casa de los Vargas González, en donde vivía el Maestro, el de mi casa, el de la casa de Luis Padilla Gómez y el de don Nacho Martínez, que era el tesorero de la Liga.

No mostró el ranchero la menor curiosidad. Aun le insinuó a Salvador que tal vez no necesitaba todas las direcciones, pero Alvarez estaba ya en plan de servir y evitarle al ranchero un contratiempo que frustrara su gestión. Agregó instrucciones verbales con toda indicación que le pudiera servir para llegar a cualquiera de los que estábamos organizando todo en la ciudad.

Se despidió el ranchero y Alvarez se quedó solo en el cuarto. Aquí no sabía explicar qué pasó por él. De pronto tuvo la horrible impresión de que había traicionado a sus amigos. Recordó el solemne juramento que había prestado a González Flores. Sintió miedo. . . Como no funcionaba normalmente su cerebro, comenzó a actuar de modo insensato. En el mar de pensamientos y terrores que se agolparon en su conciencia, se sobrepuso el temor personal y cayó en la cuenta de que él estaba perdido. ¿Qué hacer? . . . ¡Escapar! . . . No. Sintió pánico sólo al pensar en salir a la calle. Poco a poco tuvo la certeza del gran riesgo que afrontaba. Y quiso ponerse a salvo. Pero ¿cómo? Incongruencias del hombre sobrecogido de pánico.

Estaba en una habitación en segundo piso. Cerró las maderas del balcón que daba a la calle; cerró con los pasadores la puerta de ingreso y, sin saber lo que hacía, arrastró la cama hasta adosar la cabecera de fierro contra la puerta; trató de mover un ropero para arrimarlo al otro testero del catre y reforzar así aquel parapeto e impedir que se pudiera abrir la puerta. . . Me decía luego:

—Inocentadas, hermano, inocentadas porque no sabía qué hacer. Pero no me dieron mucho tiempo. Estaba queriendo mover el ropero cuando oí un tropel en la escalera y me dije: Son ellos.

Sí eran. El ranchero encabezaba el grupo de seis agentes de la policía especial. Fui llevado a un cuartel e incomunicado, con dos centinelas de vista.

Me refería Salvador todos los detalles de su detención, que duró una semana en el cuartel de León. En ese tiempo se efectuaron las detenciones en Guadalajara y la mía en México.

El ranchero que engañó a Salvador me refirió después en la Inspección su trabajo de investigación. Era un detective oficial que

tenía más de 25 años dedicado a la especialidad de movimientos políticos e investigación de complots. Su experiencia era muy grande, pues había comenzado su carrera precisamente cuando las agitaciones e inquietudes de los enemigos del general Porfirio Díaz.

Se llamaba Nicolás Vela, y era hombre sagaz, valiente y de muchos recursos técnicos en su profesión.

Me refirió datos curiosos como éste:

A través de varios meses (quizá desde principios del año de 1926) la policía iba completando un fichero de los muchachos de la A. C. J. M. de México, con una sección cuidadosamente trabajada sobre los grupos de Guadalajara. Tenía un conocimiento completo de la gente que se preveía que le daría más guerra al gobierno al entrar en vigor la Ley Calles.

—Yo los conocía a todos ustedes. Oí hablar a González Flores en la casa que tenían en las calles de Garibaldi. A usted lo oí en el cine Tabaré dos o tres veces. Yo tenía mi tarjeta de Delegado de la Unión Popular y asistí a la Junta en la Sacristía de la Iglesia de Santa Mónica donde hablaron usted y Nicolás Méndez Suárez. Sabía muy bien quiénes, entre los muchachos que acudieron al llamamiento de González Flores, se habían decidido de verdad a trabajar. Y pronto descartamos a los que no se atrevieron. Luego ustedes comenzaron a viajar y seguíamos la agitación que causaban, y los trabajos de los Padres Vega y Angulo. A don Bartolo Ontiveros lo aprehendimos una vez, pero nos servía más fuera de la prisión organizando. Claro que había muchos movimientos de ustedes que eran incomprensibles. Y luego se nos desaparecían algunos temporalmente. Pero una cosa que nos orientó siempre fue su correspondencia. Era muy grande la colección de cartas que estudiamos. Por ellas, pude escoger yo a Salvador Alvarez Patrón como el extremo del hilo para desenmadejar toda la bola en un momento dado. Porque Salvador era el más ingenuo, el más impetuoso e imprudente. Le escribía a su mamá de todas partes. Lo seguí yo hasta El Paso, Texas, y viajé con él por distintos rumbos.

Cuando estaba él comprando parque en León, consideré que todo estaba a punto para detener a González Flores, que era la co-

misión principal que yo había recibido. Y el *Maistro* no podía ya escapar. Teníamos la certeza de que caería en nuestro poder de un modo o de otro. Ustedes no tienen experiencia. Nada más son muy arrojados, y la táctica que se debe seguir en un caso como éste, no es la misma que la usada con los hampones. Con ustedes vale menos la tortura, pero es más fácil el engaño.

Nicolás Vela conocía su negocio. Aun criticaba con sus buenas razones las órdenes superiores. Decía, por ejemplo:

—En esto de sofocar insurrecciones no se debe hacer más de lo necesario. ¿Qué objeto tenía, digo yo, matar a los Vargas González? Se sabe ya quiénes siguen siendo peligrosos después de un golpe como aquél. No hay que hacer ni más ni menos de lo necesario.

La Filosofía de Vela no es la de Dios.

El Señor derrocha sangre.

Capítulo IV

OBISPOS EN LA CARCEL

DURANTE VARIAS SEMANAS mi situación se estabilizó en los sótanos. Sería prolijo enumerar la multitud de incidentes que ocurrieron ahí, peculiares de toda prisión.

Riñas entre hampones; escenas deprimentes por su bajeza, descaro, depravación y. . . ¡qué no! Menester era un dominio de sentimientos y del propio temperamento para salir adelante. Yo necesité siempre poner delante la idea de que aquello era transitorio; que era un paréntesis de infierno que no podía prolongarse. La capacidad de resistencia para sobrevivir en aquel ambiente de extrema degeneración iba gastando las fuerzas, insensibilizando al sujeto.

Me propongo narrar dos o tres accidentes típicos que caractericen el ambiente aquel y la pesadilla de mis cuatro meses de prisionero.

Mi calabozo es un oscuro sótano que medirá 2 metros por 2. Tiene el piso de cemento y las inmundas paredes pintarrajeadas con dibujos obscenos al carbón; profanidades crudas, desahogos a veces pintorescos en los que no faltaba la idea de un trance psicológico con una lucecita de noble esperanza; pero en general, desvergüenza, indignidad, todo género de cinismo.

Y luego las conversaciones, diálogos entre agentes, presos y soldados, que en materia de procacidad no hay más que pedir.

Mi defensa psicológica fue espontánea. Adopté una actitud de complacencia y ligereza. Me reía mucho. Hacía broma de todo para no irritarme o llorar. Levanté mi bandera de catolicismo militante, sin pretender actitudes de reformador. Más bien me remordería la conciencia de haber sido demasiado tolerante y en más de una ocasión haber omitido un consejo o extrañamiento que tal vez hubiera hecho reflexionar a mis desgraciados compañeros de prisión. Los primeros días fue por temor al medio desconocido y después por inercia.

Como todos los días me llevaban el periódico, en un rincón del calabozo iba haciendo una pila sobre la que extendía una colchoneta, formando mullido lecho.

En todas las prisiones hay la costumbre de que los guardas o celadores escojan como ayudante para pequeños menesteres, como pasar canastas de comida, ordenar la limpieza, señalar a los que formen fajinas, etc., al preso que les merezca más confianza, que con frecuencia es uno de los más antiguos reclusos. Yo llegué pronto a ser el llavero y ayudante de nuestros carceleros.

Me pasaba, pues, la mayor parte del día fuera de mi celda; traía conmigo las llaves de los calabozos; entregaba los presos a los agentes que me llevaban órdenes de la Comandancia para diligencias, interrogatorios, etc.

Poco a poco me fui acostumbrando tanto a vivir de aquel modo, que los días me parecían menos largos. Porque quizá una de las peores impresiones que se tienen en la cárcel es la interminable longitud de los días. Yo llegué a tener una actividad muy divertida; mas aún así, me sobraba mucho tiempo, que pasaba tirado en mi rincón, leyendo, o gritando y cantando. Metía mucho ruido en los sótanos. Un buen día estaba en lo más lucido de un concierto a base de canciones de las más populares de aquellos días. Mis melodías llenaban el reducido ámbito de aquel subterráneo y me sentía halagado con mis ejecuciones y modulando con arte tonadas como

Mocosita, no seas crüel,
Vuelve al cotarro:
Quiero verte otra vez. . .

cuando me interrumpía un grito interpelante desde un rincón opuesto (las celdas estaban colocadas de tal modo, que ningún preso podía ver a los de otras celdas):

—¡Navaret. . . moch scandal, Navaret. . . !

Era Perugino, que llenaba el lúgubre recinto con una ruidosa carcajada. Yo seguía entre risas y epítetos para el italiano:

Mocosiiita, no me dejes morir,
No me abandones;
Que yo quiero vivir.

De pronto sacude la reja de mi celda un agente y con agrio tono me dice:

—Muchacho escandaloso, que se calle la boca. El despacho del general Cruz está en el segundo piso, exactamente sobre este sótano, y tú no lo dejas trabajar con tus gritos. Manda decir el general que te calles la boca.

—¿No basta con que me tengan preso sin razón? ¡Nomás eso me faltaba! ¡Que tenga que estar en silencio! Dígales que me cambien de calabozo; pero que no me callo.

Así fueron pasando los días largos y las noches tristes. Algunos días me traían inesperadas sorpresas, como aquel en que llegó al cinco en las últimas horas del día un detenido de aspecto extraño. Vestía como un hombre de clase media, digamos un empleado oficinista sin alguna nota que lo distinguiera. Sus modales cuidadosos, su hablar reposado, y maneras atentas. Sin tener, como digo, nada extraordinario en su porte, daba, con todo, la impresión de ser un tipo raro que se extrañaba de todo en aquel ambiente. No externaba opiniones y apenas había cruzado tres o cuatro palabras con alguien. No parecía estar, ni con mucho, en ambiente propio. Sin embargo, estaba en la cárcel y alguna historia tendría.

Como fungía yo de mayor, una de mis obligaciones era señalar los presos que debían hacer el aseo. El sótano número cinco era amplio y llegaban a encerrar ahí hasta 30 o 40 hombres. Separadas del calabozo propiamente dicho o parte donde dormían en el

desnudo suelo de cemento los presos, estaban las letrinas, que con mucha frecuencia se tapaban con papeles y basuras. Entonces se inundaba de agua sucia e inmundicias aquel espacio, y por tanto había que estar constantemente limpiando los caños y recogiendo aguas negras con jergas. Era costumbre que hicieran este trabajo los presos de más reciente ingreso. Sin embargo, aquellos que no quisieran hacer el trabajo, podían pagar para que lo hicieran otros. Siempre sobraban infelices hampones que por dos pesos sustituyeran al que tenía la obligación.

El día que amaneció en la cárcel el hombre a que me acabo de referir, me apersoné con él para informarle que debía hacer la limpieza del cinco. Ahí tenía escoba, recogedor, jergas, y le indiqué cómo debía hacerlo.

—Nomás prontito, mi amigo, porque no queremos tomar el rancho entre la porquería.

Yo no estaba en el cinco, de modo que cuando estaba abriendo la reja para salir, me alcanzó el enigmático caballero y lo atendí. Comedido, me dijo:

—Dispense, joven, ¿habría manera de arreglar que yo no haga el aseo del sótano? Soy un poco torpe. Además, sólo tengo aquí las ropas que llevo puestas y no podría cambiarme. Seguramente que me pondría inmundo.

—¡Claro que sí hay modo! Yo le consigo quien lo haga por dos pesos.

—Perdone, joven —me dijo bajando la voz—, pero no traigo ni un centavo. Me aprehendieron de improviso y no me permitieron ni hablar con alguien para mandar un recado a casa.

Su expresión era resignada, no violenta ni rencorosa como suele ser cuando se trata de ordinarios delincuentes.

La plebe del cinco se arremolinó en torno nuestro cerca de la reja, y de lo oscuro del rincón salieron voces:

—El catrín no quiere hacer la *faina*.

—Que afloje la *lana* y yo la hago.

—No trai *jando*.

—Entonces que se empuerque.

El señor aquel se mostraba muy inquieto. Un gesto de aflicción estuvo a punto de conmoverme. Pero alguien tenía que hacer la limpieza y yo no veía modo de salir del paso, porque comenzaron las cuchufletas:

—Orale, don Ferruco, azote con el *tacuche* (el traje) y yo le entro a la faina. . .

La expresión del preso rayaba en la angustia. Entendía que él me quería explicar algo, pero no se atrevía a decirlo en público. Yo estaba a punto de enfadarme.

—No le pasa nada —le dije—: póngase a barrer y con el botecito vaya llenando el balde para llevar el agua al sumidero. Hágalo con cuidado y no pasa nada. A la mejor lo sacan pronto y se va a bañar a su casa. O al Carmen (prisión de calificados o candidatos a proceso): allá hay manguerazo.

Me miró de tal modo que me desconcerté. Parecía suplicar. . .

—No —parecía decir—: yo no puedo hacer eso.

Entonces me ocurrió la mejor idea.

—Venga —le dije—, vamos a ver si arreglamos esto.

Abrí la reja y lo saqué al pasillo, después de cerrar de nuevo. Ya en la crujía frente a mi celda, le interrogué:

—¿Qué le pasa y por qué está aquí?

—Mire, joven. Antes de informarle quiero a mi vez preguntarle: ¿es usted católico?

—¡Claro que soy! Como que por eso estoy aquí.

—Pues entonces le diré: Yo soy el obispo de. . .

—¡Cómo! Entonces no tenga cuidado. ¡Faltaba más!

Entonces ya me pareció todo claro. Sólo que no tenía el buen señor ninguna exterior señal que denunciara su calidad. Ni los mismos empleados de la Inspección se habían dado cuenta. En aquellos momentos llegaban Juanita Labarthe y otras personas que todos los días acudían a informarse de novedades. Su cotidiana visita era muy estimada por nosotros, pues nos informaban del curso de los acontecimientos y no faltaban nunca los regalillos de golosinas, el periódico, etc.

Aquella mañana les informé sobre el ilustrísimo prisionero y todo se aclaró. En el Comité de la Liga se habían recibido informes telegráficos de una ciudad del Istmo, avisando de la detención del señor obispo y comunicando que se había perdido el contacto con él y se ignoraba su paradero. Plenamente identificado, nos esmeramos por atenderlo como era debido. A mediodía, las señoras encargadas de los presos enviaron un verdadero banquete a los sótanos.

Aunque todos los días mandaban buena comida, aquél fue uno extraordinario; como había sido el otro en que estuvo de huésped en la cárcel el señor Manríquez y Zárate.

Vinos, pavo, abundancia de sopas, guisados, frutas y caramelos, de modo que no sólo fue para los destinatarios, sino que todos los presos y aun los agentes y policías banquetearon con nosotros. Aquel mismo día salió el señor obispo rumbo de la frontera, expulsado del país.

Tres o cuatro días después me decía Tapia, el agente de guardia:

—Oye, Navarrete, mándales decir a las señoras que hay un obispo. Dan ganas de un banquetito.

Este me parece el sitio oportuno para hacer pública la gratitud de tantos prisioneros católicos, que fueron localizados y atendidos tan eficaz como cariñosamente por la Comisión de Damas nombrada para ese efecto.

A la cabeza de dicha Comisión estaba la señora María Gargollo de Lazo, a quien Dios recompense su eficiencia.

Colaboraban con ella las tres hermanas Arce (Clarita, Lupe y Angelina), las señoras Luján de Creel, Terrazas, Goríbar de Cortina, Limón, Silva, y otras.

Capítulo V

METODOS POLICIACOS

CONOCÍ DURANTE MI ESTANCIA en los sótanos algo de los métodos que la policía emplea para investigar, y algunas veces para tomar venganza. Casos.

Asesinaron a un Comandante de la Montada. Andaba de parranda y amaneció muerto en un arrabal, así como una mujer que lo acompañaba. Grandes encabezados en los periódicos; movilización de todas las policías. El General Palomera López era el Jefe de la Montada, y el comandante Aguila, que fue el asesinado, era jefe del Primer Escuadrón. Sobra decir que Palomera se empeñó en que los responsables fueran descubiertos cuanto antes.

Estaba, como se decía en los sótanos, que echaba chispas. Tres o cuatro días después del crimen llegó un detenido. Corrió la voz: "ya cayó el pájaro que despachó al comandante Aguila". Yo lo voy a conocer. Hubiera uno dicho que aquel hombre sería cualquier cosa, menos un criminal. Supe que se apellidaba Márquez, y ya frente a él, espontáneamente le saludé como "Señor Márquez". Tenía todo el aspecto de un abnegado profesor de escuela. Usaba bigotes estilo Porfirio Díaz, y su indumentaria muy gastada, pero de respetable corte, despistaba completamente. Aumentaba mis dudas el trato reposado, el comedido vocabulario y ponderadas maneras. Llegué a creer que la policía estaba equivocada. Pocas horas después llegó otro detenido. El de guardia me dijo:

—El que está en el 6 es cómplice de Márquez.

—¿Cómo descubrieron a Márquez?

—Buena pista. Fue Vela. Ese sí ese un sabueso. Márquez tenía la pistola de Aguila en su casa. Además, no te vayas a creer. Ese viejo es pájaro de cuenta.

Esa noche me dijo el agente de guardia, un hombre grandote y bien fornido que se apellidaba Tapia:

—Oye, Navarrete, ya enciérrate y presta las llaves.

—¿Qué te picó?

—No alegues y métete.

Así lo hice. Serían las 10 de las noche. Entre 11 y 12 oí unas voces airadas en el pasillo, frente a la celda de Márquez. Pegado a la reja de mi calabozo vi a Tapia que paseaba en un sentido y luego en otro vociferando:

—Viejo jijo de. . . Nomás comprometiendo a uno. . . Eso me faltaba. . .

A poco, entradas y salidas de agentes, muchas formalidades: el agente del Ministerio Público, actas, testigos y ¡qué sé yo! Frente a mi reja pasan llevando en una camilla al "Señor Márquez" muerto. Alcancé a ver que la cabeza colgaba en forma peculiar. Por eso comenté con Tapia.

—¿Qué pasó?

—El viejo jijo se colgó con su cinturón de la reja del calabozo. Viejo cobardón.

—Pero el golpe de la nuca estuvo fuerte. Porque tenía roto el espinazo en el pescuezo.

—Sería al descolgarlo.

—Le pegaste fuerte, mano. . .

—Muchacho p. . . ¡Tú qué sabes!

—Nada. Nomás me imagino.

En la mañana siguiente se hizo el corrillo con los reporteros. El jefe de agentes está explicando a los chicos de la prensa:

—La policía aprehendió a los dos asesinos del Comandante Aguila. El viejo Márquez tenía historia larga de asaltos a mano armada. El *Indio Juanito* trabajaba con Márquez. Este viejo se ahorcó anoche en su calabozo. . . Remordimientos, miedo y esas cosas. A Jua-

nito lo sacaron esta mañana para una diligencia en la carretera donde asaltaron a Aguila y trató de escapar. Le dispararon los agentes.

Oigo la historia y entro por la crujía al calabozo de Juanito. Ahí está sentado en el suelo.

—¿Cómo te va, Juanito?

—. . .Bien.

—¿Ya supiste que mataron a Márquez?

Un ligero temblor de labios y una sonrisa de melancólica resignación.

—No. Pero así tenía que ser.

—Y tú ¿no tienes miedo?

Le tiembla la voz. Tiene los labios secos.

—Mmm ¡qué sé! ¡Que hagan lo que quieran!

—¿Quieres un cafecito?

—¡Bueno!

Le voy a traer un café caliente.

—A la noche te van a despachar. . . Reza. . .

—¡Mmm bueno! Ya estaría de Dios.

Al día siguiente ya no estaba Juanito. Los periódicos traían la historia del jefe de agentes.

Otra historia: Me viene a ver Alvaro Basáil.

—¿Quieres calarte en un rol? Es sencillo.

—¿Cómo va la cosa?

—Anoche robaron con horadación las bodegas de Beick Félix. Veinticinco mil lanas de medicina cara, e instrumental. Tenemos un bato en la buchaca. Pero dan diez por ciento de lo que se pesque. Te voy a encerrar solo con el naco ese; cierto que es de la mata; pero no damos con los demás, ni con las chivas. Y si no les echo el guante en 12 horas se desbalagan. Tu trabajo es fácil. Tú no sabes nada. Déjalo hablar y luego lo espantas. Dramático, cuate. Tú sabes.

Estoy en el pequeño calabozo. Dando traspiés por un fuerte empujón que le da un agente, entra el pajarraco. Todo un tipo del

más legítimo corte hampón. Barbota injurias. Yo me vuelvo a la pared en mi camastro. Pasa tiempo.

—Oiga usté, ¿por qué estás aquí? —me dice al cabo.

—Mala suerte, mano.

—Pior la mía, mano. Yo a verdá de Dios que es pura vacilada. ¡La mocosa imbécil!

—¿Cosa de changuitas?

—No, mano. La idiota es mi hermana. ¿Sabes? Se enjauló un pelao y agarraron grueso en una botica. Yo, ajeno, fui a ver a la hermana que vive con un chato que ni conozco, mano. Allí estaba cuando cayó la Secre; pero no sé nada más.

—Ya te torcieron, mano. . . Yo he visto muchas cosas; y tú sabes. De aquí a poco van a venir por ti. Te van a magullar a conciencia, mano. Luego, se les puede ir la mano. . . Ya he visto que maten a varios. Mira, mano, si tú no le entraste al negocio de la botica ya será tu mala suerte porque te van a quebrar sin deberla. Porque sabes, ellos creen que eres de la palomilla y te van a apretar para que cantes. Si no puedes cantar porque nada sabes, ellos no te creen y te quiebran.

—Bueno, pero qué jijos. . . ¡Si yo no sé nada!

—Por eso te digo. . . Pero mientras, te queman.

Sería la media noche cuando el agente de guardia gritó el nombre del preso aquel. Tenían una especie de ceremonial muy impresionante para sacar al acusado en casos como aquél: El agente de guardia se llega a las rejas del calabozo y grita con voz sonora: "Jacinto Salazar aaaa la reeejaaa" Dos agentes medio embozados con bufandas lo escoltan, uno a cada lado, envueltos en sus pelerinas y en amenazadora actitud; uno de ellos corta cartucho aparatosamente a su pistola 45 automática. Resuena el chasquido de las muelles y relumbra el reflejo azulado del pavón del arma. En aquel sótano y en el silencio de la hora, la escena es lúgubre. Sale del calabozo el preso entre ruido de cadenas y andanada de injurias. Otro de los agentes lo recibe con un garrotazo trepidante seguido de puntapiés, bofetadas, empujones y más golpes de garrote hasta que éste vuela en astillas. Chilla como rata atrapada el hampón, que ya

se bañó de sangre; pero el agente no se conmueve. Arrecia la tempestad de palos, injurias y puntapiés, hasta que salen al patio, más allá de la guardia. En la oscuridad se pierden rumbo del frontón en donde suelen practicar el tiro al blanco.

Pasa cerca de una hora, y hasta la reja llegan preso y policías en silencio. La víctima en un estado ya cercano a la inconsciencia. De un empellón lo arrojan contra el piso de cemento y ahí queda hecho un guiñapo sanguinolento. En un gruñido animal mezcla las peores injurias para sus verdugos. Un poco repuesto se incorpora a medias y comienza su rencorosa confidencia. Dialogamos.

—¡Cómo serán... estos hijos de perra! Ya me mataban.

—Te dije ¿y no les dijiste nada?

—No les puedo decir. Yo no entré en el lío ese. La babosa muchacha que se puso a dejar ahí la caja... es una imbécil. Pero yo no sé dónde está el tambache. Ni sé quiénes son las ratas. ¡Que hagan lo que les dé su... gana!

Pausa de minutos. Con las faldas de la camisa se limpia la sangre que le escurre de los labios, de la nariz y de una herida en la frente.

—Te van a volver a sacar dentro de poco. Echa tus cuentas porque a la mejor no vuelves ya.

Lo que yo le decía no era papel aprendido para una comedia. En verdad que yo conocía ya muchos casos.

De pronto Jacinto comenzó a temblar de pies a cabeza; se le extravió la mirada, apretó las mandíbulas y se fue recostando en el piso en tanto que le brotaba un espumarajo sangriento por la boca y dejaba escapar uno como estertor de agonía. Yo me alarmé y comencé a dar voces:

—¡Agente de guardia! ¡Agente de guardia!

El interpelado dormía profundamente en un camastro en el corredor del sótano.

—¡Agente de guardia, que se muere un cuate!

Por fin despertó a mis gritos; pero bien enojado.

—Muchacho tal por cual. ¡Qué bien estás... ! ¿Qué mitote traes?

—Aquí se está muriendo éste. Tiene un ataque.

—¿Y por eso tánto escándalo? ¡Que se muera! De esos diario nacen por docenas.

Y se volteó de costado para seguir durmiendo. Yo no pude hacer más que esperar. Veinte minutos habrían pasado y Jacinto comenzó a normalizarse.

A eso de las 3 de la mañana, cuando estaba yo queriendo quedarme dormido, se oyó el ruido de los agentes que se acercaban para volver a la carga.

—Jacinto Salazar a la reeejaaa...

Mi compañero de celda palideció.

—Ora sí, mano. Adiós. Ya no vuelves... Reza cuando te vayan a quebrar...

Y no volvió.

Como a las diez de la mañana vino Alvaro a mi calabozo.

Le pregunto: —¿Qué pasó? ¿Se fue el pájaro sin cantar?

—¡Qué va, cuate! Está en el chero. Antes de amanecer, habíamos dado con la mata. Devolvimos todo a la Droguería y están los cuatro que dieron el golpe en la buchaca. No te creas que son tan machitos. Mira, Navarrete, te voy a decir una cosa: Tú crees que nosotros usamos de los golpes y de los métodos brutales para investigar porque nos faltan recursos más humanos y científicos. No, no es eso. El método de la tortura para doblegar al hombre de delito es universal. Y es porque lo único que no resiste el individuo es el dolor físico. Hablo del criminal, aunque tal vez se pueda decir de todos.

—Depende de las motivaciones que respalden su actitud —le objeto—. Al ladrón o asesino le falta el hábito moral de la lealtad. Al fin y al cabo lo único que defiende cuando se resiste a la denuncia son intereses ajenos, de los cuales no hay ninguno que se equipare al propio bienestar. Para resistir se necesita ser héroe o santo.

—Yo no sé de otras gentes —prosigue el polizonte—. Pero el tipo con el que yo trabajo es así como te digo. Tú ves a esos feroces asaltantes que sí son temibles por desalmados; pero caen en nuestras manos y si la ven seria se acobardan. Lo único que los detiene es el temor de una venganza de sus cómplices; pero todo es

cuestión de llegar al punto en que vean su seguridad en grave riesgo. Hay uno entre mil que se muere sin cantar. Y no hay remedio: algunos tienen que morir de cuando en cuando para que no lleguen a creer los demás que todo es comedia.

—¿No es muy frecuente, entonces, que resista un cómplice hasta la muerte? —pregunto muy ingenuo.

—No, no. El criminal es vicioso y cobarde. Asesina por puro miedo. Ponle todas las bajezas y aciertas. Traiciona, engaña, jura, golpea. Nada respeta. Es peor que un animal. Tiene uno que cuidarse mucho. Pero de hombre a hombre no da la medida.

Comentamos más el tema. Alvaro era muy listo. Pero en alguna manera participaba de los defectos propios del medio. Los policías acaban por contagiarse en el ambiente en que trabajan. Son medio hampones.

Basáil estaba muy contento.

—Navarrete —me dijo—, cuando salgas del bote vente a trabajar conmigo. Yo te hago un detective de primera. Déjate de quijotismo. Ustedes son la carne de cañón que usan los curas para defender sus intereses y privilegios sociales. Acá te divertirás mucho. Siendo un poquillo avispado, ni riesgos tiene esto. Yo te voy a buscar luego.

—Dispensa que te diga, Alvaro: tú no has entendido el problema. Y no me conoces, ni nos conoces.

—Bueno, mano, como luego dicen: cada quien su vida —concluyó con cinismo.

Tres años después me encontré a Basáil en una calle de la ciudad de México. Con gran efusión me abrazó y me repetía: Vente a trabajar con nosotros.

—No, mi amigo, yo soy Ingeniero de la Comisión Geográfica. Y tengo planes muy diferentes.

Nos despedimos y me fui pensando: "Hay muchos colaboradores del Gobierno que no acaban de entender cuál es el problema de México".

Capítulo VI

PLAN DE FUGA Y DEPORTACION

UN BUEN DÍA LLEGÓ a nuestra prisión un joven poco mayor que nosotros, que dijo haber sido aprehendido en alguna ciudad del interior por causa semejante a la nuestra. Dijo apellidarse Elizondo y se mostraba muy deferente y amigable conmigo y con Avalos Vez. Entonces no sospechamos nada; pero tiempo después llegamos a la certeza de que era agente del Gobierno que buscaba información sobre personas y actividades conectadas con nosotros. Creo que no logró cosa de importancia y aun me pareció que más bien nos hizo un señalado beneficio, como luego diré.

Por entonces aprehendió la policía en la ciudad de México a un hampón italiano de nombre Perugino Vicenzo. Mis relaciones con él comenzaron un día que lo sacaron de los sótanos para una diligencia en la Secretaría de Relaciones. Se tramitaba su extradición a Italia por un asesinato cometido allá. Al volver hizo intento de escapar lanzándose contra uno de los policías de la montada que lo custodiaban y forcejeando con él para arrebatarle la carabina. Los otros policías lo impidieron; golpearon bárbaramente al italiano, que era un hombre chaparro, pero muy forzudo y de un carácter endemoniado. Sangrando por boca y nariz, y magullado en todo el cuerpo, se echó en un rincón del sótano. Entonces estábamos en el cuatro, que era bastante grande. Ahí metían hasta 25 o 30 presos.

Barbotando injurias en el rincón, Perugino aceptó el diálogo

cuando yo me acerqué para decirle que sentía lo sucedido, pero que él no había procedido con buena táctica. Entonces se mostró agradecido y de ahí en adelante charlábamos con frecuencia. Era muy pintoresco.

Un día estaba sentado Perugino en el hueco de una ventana que daba al patio exterior de la Inspección. Desde ahí se veía la reja que separaba dicho patio y jardín, de la calle, en la esquina de Ejido y Rosales, si mal no recuerdo. Estaba yo tendido en el suelo sobre una cobija, en el otro extremo del calabozo, un poco fastidiado y de mal humor. Perugino murmuraba a media voz y con un español empedrado:

—¡Oh! mesicano ridículo (pronunciando la r suave) grita l'centinela ¡guardia la tropa l'armada! Aparece a la calle: tre yendarme, tre mosquete. ¡Guardia la tropa l'armada!... ridículo; ¡la tropa l'armada: tre yendarme, tre mosquete!

Y a poco rato:

—¡Oh! Mesicano ridículo. Diche il' centinela (y aquí ahuecaba la voz) ¡Guardia, chiudadano yeneral, il'jefe di'l stablechimiento; l'aparece uno charito n' el cabayo: le chiudadano yeneral, l'jefe d'l stablechimiento.

Se refería al general Roberto Cruz, que frecuentemente llegaba a la Inspección de Policía vestido de charro y a caballo.

Entonces yo monté en cólera:

—Oigame, italianito estúpido, ¿qué demonios vino a hacer a México? Y ¿cómo no se quedó en su mugrosa tierra? ¿Se cree que vamos a tolerar sus burlas porque estamos en la cárcel? En buena hora que lo manden a Italia para que lo cuelguen por asesino.

Los reclusos se pusieron de pie y poco a poco se fueron acercando para formar semicírculo en torno nuestro. Perugino era arrojado; pero en aquel momento comprendió mi sentir, y no creo que por miedo me habló amigablemente:

—¡Oh, Navarete! No quiero ser rudo. Io sé. L'pueblo de Mesico e mu bueno. Pueblo grande e valiente. ¿E per qué stan ustedes aquí? L's hombres de Gobierno s'n malos. Tú eres mochacho mu bueno; per no's este lugar tuyo. L'Gobierno, malo. ¡Oh! Yo staba

feliz años nel Mesico. Bella terra Mesico. Bonísima yente 'n Mesico. Gobierno malo, Navarete.

Aceptamos la distinción del italiano y pasaron unos días en paz. Una noche en que casi todos dormían en el sótano, se acercó a mi rincón Perugino y con mucho misterio me enteró de un propósito suyo. Me dijo cómo él se había escapado de prisiones varias veces en Italia. Que la última se fugó de una isla en donde se hallaba el penal, y que era experto. También me dijo que él ya tenía socavada la pared del sótano y que sólo le faltaba conseguir unas seguetas para cortar fierro; que si le quería ayudar, era facilísima y muy segura la maniobra; que nos podíamos escapar mis compañeros y yo con él. Eramos 4 en total. Que nada les dijera; pero que si yo conseguía las seguetas, la primera noche lluviosa que hubiera, en una hora de trabajo se podían cortar dos varillas de una reja del tragaluz de un sótano abandonado y lleno de triques; el tragaluz quedaba al nivel de la banqueta en la calle del Ejido. Para llegar al sótano abandonado tenía ya hecho un trabajo perfecto en el muro de división, muro muy grueso construido de adobe ya viejísimo y desintegrado. Había hecho un orificio en el aplanado, con un trozo de fierro delgado, doblado muy a propósito; de modo que siendo el orificio de unos cinco centímetros de diámetro, por él había ido sacando tierra del adobe durante las noches, y tenía hueco el corazón del muro, como un tambor de un metro de diámetro.

Me pareció muy ingenioso todo aquello y le prometí ayudarle. La primera vez que me visitó Luis mi hermano, le dije que me comprara dos seguetas finas y las colocara en el centro de un cojín de lana y me las llevara. Como yo era el llavero de los sótanos, salía a recibir los encargos para los presos. Pronto le entregué a Perugino las dos seguetas y sólo nos quedaba esperar una noche propicia.

Eran los últimos días de mayo de 1927. Yo tenía una curiosidad muy grande por ver a Perugino en acción. Cuando consideré inminente la maniobra, creí necesario hablar de ello a nuestro compañero Elizondo, que era el de más edad y por sus maneras ponde-

radas inspiraba más confianza. Atando cabos después, llegué a la conclusión de que Elizondo puso en conocimiento de las autoridades los planes del italiano y cómo éste me había convencido para que lo acompañáramos en la aventura.[1]

Los acontecimientos se precipitaron y antes de que la ocasión se presentara propicia para intentar la fuga, nos avisaron un buen día que al siguiente nos enviarían a la Colonia Penal de las Islas Marías.

Era una espléndida mañana de uno de los últimos del mes de mayo, y había inusitado movimiento en los patios de la Inspección Gral. de Policía. En el calabozo grande, una treintena de presos de rodillas rezaban el Rosario. Somos 6 ó 7 los jóvenes que vamos al destierro por actividades de resistencia católica. Después se nos reunieron otros tantos que estaban en las Delegaciones de Policía de la ciudad. En total fuimos 13 los desterrados en esta ocasión. Alguno de nosotros invitó a los detenidos por delitos del orden común para rezar el rosario implorando la bendición de Dios en nuestro viaje, y todos aceptaron. Perugino Vicenzo estaba de rodillas junto a mí, con los brazos cruzados sobre el pecho y en actitud de profunda devoción. Me pareció que lloraba. Cuando acabó el rosario nos despedimos. Perugino estaba muy conmovido:

—Navaret, este es no justo. La cárcel es par nosotros. Ustedes no pertenecen aquí. ¿E per qué van a presidio, Navaret? Este es contriario. No, Navaret. Stedes no deben esto. Muy mal que van stedes. Presidio para yent mala. Stedes no.

—Está bien así, Perugino; ya me estaba enfadando de este encierro. Va a ser un buen paseo a las Islas.

El patio principal está pletórico de visitantes, soldados, policías y empleados. Nos sacan del calabozo, y en el trayecto nuestros familiares nos asedian con recomendaciones y efusivos adioses. Las gentes nos llevan regalos, sobre todo en dinero, que luego nos habían de *recoger* (así se decía ahí al robo que hacen agentes y empleados de las pertenencias de un preso).

Antes nos habíamos puesto de acuerdo para no aumentar la pena de nuestras gentes con lamentaciones o protestas airadas. Al salir al patio le dije a León:

[1] Por eso dije antes que Elizondo cortó el intento de fuga, pues sabía que nos jugábamos la vida y creo que alguna simpatía nos unía ya.

—Mira, Leoncito, ahí están tu mamá y la mía. No se te olvide la consigna.

Y comencé a bromear en grande. A mi mamá le decía en alta voz:

—No llore, mamá: si nos vamos a ver pronto. Agradézcale a don Plutarco que nos concedió esta vacación. Vamos de turistas, a conocer tierras. . . y aguas. Dicen que el sitio a donde vamos es precioso.

Y a una buena mujer que me entregaba un puño de dinero en monedas de plata le decía:

—Perdone, señora, ¿no habrá por aquí cerca una casa de cambio para que nos trajera este su magnífico regalo en moneditas de oro?

Se reían todos, y así el "despegue" se llevó a cabo en un ambiente más bien de alegría.

Frente a la reja de la Inspección estaban los automóviles esperando. En el que yo iba subimos dos prisioneros y 4 agentes. Yo me senté junto al chofer, y al arrancar preguntó éste:

—¿A dónde vamos?

Al parecer no escucharon los agentes la pregunta, y yo me aproveché para contestarle de modo que no oyeran los demás:

—A Chapultepec.

Nadie cayó en la cuenta hasta que íbamos llegando a la glorieta de las Palmas. Entonces el que hacía de jefecillo le gritó al que guiaba:

—Oyeme, p. . . ¿a dónde diablos vas? Tenemos que llegar cuanto antes a la sexta. ¿Quién hijos de la. . . te dijo que agarraras p'acá?

Antes de que se complicaran las cosas contesté por él:

—Yo le dije, mi capitán; porque veníamos a despedirnos del Castillo. ¿Qué no ve que a la mejor (o a la peor) ya no lo volveremos a ver?

—¡Muchacho estúpido!

—Eso no me parece estupidez. . .

—Cállese o le rompo la jeta. . .

—Mejor me callo. Gracias, mi capitán, por la paseadita.

En la Sexta Demarcación de Policía se hicieron los trámites ordinarios. Ya reunidos con el resto de la *cuerda* éramos como 150: trece por la causa de los católicos rebeldes y los demás sentenciados por delitos ordinarios.

Fuimos pasando en fila, y los empleados hacían y repasaban listas. Nos entregaron dos pesos a cada uno y una dotación de cigarros. Por fin abordamos los carros-caja del Ferrocarril de Cintura, en los que habíamos de hacer el viaje.

En el carro que me tocó habían cargado antes carbón vegetal; de modo que a poco andar estábamos todos tiznados de la cabeza a los pies.

A intervalos nos sobrecogía la tristeza y desesperanza. Dejábamos pasar el tiempo en silencio. Luego reaccionábamos haciendo un esfuerzo por darnos ánimo unos a otros. Pero ya no podíamos fingir. Al correr del tren se acentuaba en nosotros el sentimiento de expectación temerosa. Había que esperar lo peor. La incertidumbre nos angustiaba.

—¿Nos irán a matar? —decía Juan Carpio.

—No —opinaba Antonio Pompa con su meliflua voz—. Si quisieran, ya lo podían haber hecho sin llamar tanto la atención. Ya viste cuántos reporteros y fotógrafos había en la Sexta y en la estación.

Luego volvíamos a caer en largos silencios.

En Guadalajara se detuvo el tren varias horas. Fueron a saludarnos los familiares de Salvador Alvarez y los míos. Algunos amigos, poquísimos, se atrevieron a acercarse a los carros de la *cuerda*. Las cosas estaban todavía muy peligrosas. Y los colaboradores más cercanos andaban en el cerro luchando con las armas.

En el puerto de Manzanillo, después de tediosos trámites y marchas de un sitio a otro, nos embarcaron en el cañonero *Bravo*. León Avalos, que al ser aprehendido cursaba tercer año de Ingeniería en la EIME (Escuela de Ingenieros Mecánicos Electricistas), encontró entre la tripulación un compañero de dicha escuela. Esto alivió en mucho nuestra condición en el barco, porque al zarpar

íbamos amontonados en la bodega, con los 150 hampones, que luego comenzaron a fumar marihuana y a escandalizar de mil maneras insoportables. Pero Leoncito insistió con su amigo hasta conseguir que nos dejaran subir a la cubierta, y aun nos llevó el joven algo de comida de la tripulación, que nos supo a cielo. Sobre todo el agua, porque la que había en la sentina no se podía probar. En un gran tonel fijo con cadenas al piso y pared del barco metían los presos un tazón de fierro, atado también con cadena, y con el tazón entraba todo el brazo hasta el hombro, y devolvían medio tazón del agua que ya no querían.

Por gracia de Dios, pudimos salir a cubierta después de haber estado sólo unas cuatro horas en la bodega. Nos habíamos embarcado a las 5 de la tarde, y a la mañana siguiente ya pudimos ver las Islas cuando amaneció.

Al cuidado de la cuerda iba el general Jesús Palomera López, que era entonces jefe de lo que se llamaba *la Montada,* policía de la ciudad que hacía servicio a caballo. En la mañana estuvimos muy entretenidos viendo al general tirar con carabina 30-30 a los tiburones que rodeaban el barco en pos de los desperdicios. Tenía muy buena puntería y, además, no era difícil hacer blanco a aquella distancia.

Por fin ancló nuestro cañonero en el fondeadero de *El Valleto,* a unos 200 metros del pequeño muelle de madera. El desembarco se hacía en lanchas que podían llevar unos 25 hombres. Formados en la cubierta, los presos iban bajando, por la escala marina fija en la escotilla, a dos lanchas de remos. De modo que la maniobra fue lenta. Quiso la casualidad que al llegar yo al borde de la cubierta en donde me disponía a bajar, gritaran los remeros desde la barcaza que ya no bajaran más porque estaba completa la carga para aquel viaje. Por ello hube de esperar, colocado para ser el primero del siguiente viaje, algo así como tres cuartos de hora. Vigilaba el desembarco, de pie en el arranque de la escala también, el general Palomera López. Se quedó mirándome e inició el diálogo:

—¿Eres ratero?

—No, señor.

—¿Qué eres?

—Estudiante.

—No vendrás por eso al Penal.

—No me preguntó por qué vengo sino qué soy.

—¿Por qué te mandan?

—Porque soy católico.

—Yo también soy y no estoy preso.

—Habrá alguna diferencia entre ser y ser.

—Sí hay. Tú has de ser de esos muchachos inquietos que tratan de conseguir ayuda de los gringos para derrocar al Gobierno. Pero son muy pocos ustedes. Y una revolución no se hace así.

—Lo lamentable es que seamos pocos. Y lo demás no quiero discutirlo. No es propicia la ocasión, ni veo utilidad.

—Eres atrevido, muchacho. Con razón andas por acá.

—Gracias, general.

—A pesar de todo, te diré: No creo que estén ustedes mucho tiempo en el penal. Te deseo suerte.

—Gracias, general.

Poco después me inscribían en el libro de ingreso como *colono*, que era el nombre con que se designaba a los presos.



Arriba: Antonio Pompa, Gabino González, Lic. Antonio Pompa, Miguel Vargas, Franco Barajas (4), Miguel Durán, Juan Carpio, Isaac Ramos, Calixto Alvarado, Ciriaco Orozco. Abajo: Heriberto Navarrete, León Avalos Vez, Salvador Alvarez Patrón y Jacinto Avalos Vez. (Jacinto estuvo en los sótanos pero no fue deportado a las Islas). El día que llegaron del Penal a Guadalajara.

Capítulo VII

EN LAS ISLAS MARIAS

ALOJARON A LOS PRESOS de la nueva cuerda en una de las barracas que había enfiladas en la playa, a la orilla del mar. Hechas de madera, eran unos jacalones sucios por fuera y más por dentro. El interior semejaba un bodegón totalmente vacío, es decir sin un solo mueble. Tendrían cinco o seis metros de ancho por unos veinte de largo. En uno de los extremos había un pequeño cuarto, comunicado con el salón por una ancha puerta central sin hojas, de manera que el vigilante que habitaba en ese cuarto pudiera no sólo entrar y salir, sino ver el interior de la barraca aun estando acostado en su cama. Este cuartito sí estaba amueblado, aunque al estilo carcelario.

Consigno en seguida los nombres de los 13 prisioneros que ingresamos al penal por actividades de defensa católica:

Sr. Ignacio Durán Cardona, de S. Luis Potosí, S. L. P.
Sr. Lic. Antonio Pompa, de Guanajuato, Gto.
Sr. Miguel Vargas Murguía, de Zamora, Mich.
Sr. Gabino González Delgado, de Cuerámaro, Gto.
Sr. León Avalos Vez, de México, D. F.
Sr. Calixto Alvarado Ramírez, de Puruándiro, Mich.
Sr. Ciriaco Orozco Cervantes, de Aguascalientes, Ags.
Sr. Juan Carpio Ornelas, de León, Gto.
Sr. Heriberto Navarrete Flores, de Etzatlán, Jal.
Sr. Isaac Ramos Rodríguez, de Sayula, Jal.

Sr. Antonio Pompa y Pompa, de Guanajuato, Gto.
Sr. Franco Barajas Becerra, de San Miguel Allende, Gto.
Sr. Salvador Alvarez Patrón, de Guadalajara, Jal.

Los cuatro primeros eran personas ya mayores, sobre todo el señor Durán y el Lic. Pompa. Este último iba en compañía de su hijo Antonio.

Se ordenó que nos quitáramos la ropa e hiciéramos un paquete con ella, incluyendo los zapatos, sombrero y todo, con excepción de los calzoncillos. Pasaron algunos guardas, recogiendo todos los bultos de ropa y en seguida otros registrando los calzoncillos de uno por uno, para lo cual nos los pedían dos o tres minutos y luego los devolvían. La operación duró más de 24 horas, de modo que estuvimos desnudos todo un día. Nos cortaron el pelo al rape, y al día siguiente nos sacaron ya a trabajar. Ese primer día de trabajos forzados fue uno de los más duros de todo el tiempo de la reclusión. Algunos de nosotros resentimos mucho el cambio brusco de ambiente y actividad. Yo, por ejemplo, tenía ya dos meses en los sótanos de la Inspección General de Policía de México. En aquellos calabozos oscuros y húmedos, tendido sobre una colchoneta en el suelo, leyendo la mayor parte del día y sin recibir el más tenue rayo de sol, sentía que se me estaba enfriando la sangre. Y de pronto me encuentro a cielo abierto en aquella pequeña isla en medio del mar, el calor sofocante, el sol inclemente y la exigencia de los capataces que nos obligaban a un trabajo continuo y actividad sin interrupción. Ese primer día llevaron a los nuevos colonos a transportar adobes para la construcción de una gran sala a medio levantar en el centro de Valleto y que serviría de salón de actos. Sería de 200 metros la distancia que recorríamos para llevar los adobes a la obra. Eran grandes y pesaría cada uno de 50 a 70 kilos.

—¡Ora, catrines, trótenle bonito! A ver si es lo mismo andar comprando parque en México y jugando a los soldaditos, que entrarle a la friega en las Islas —decía el capataz Barba, el más famoso entre nosotros.

La tónica del modo como se nos había de tratar la daba el general Barranco, "Director de la Colonia Penal, Gobernador del Archipiélago de las Marías, Jefe de la Guarnición Militar y Capitán del Puerto", títulos que me hizo aprender de memoria un día que cometí el desacato de no quitarme el sombrero al cruzarnos en la calle. No disimulaba la aversión que nos tenía, muy semejante a la que ostentó su pariente o compadre Adalberto Tejeda, veracruzano como Barranco y, si no impíos de corazón, por lo menos rabiosos anticlericales en todas sus actitudes.

El incidente con León Avalos que voy a narrar en el siguiente capítulo, mostró lo que podíamos esperar en el Penal. Antes, nuestra distribución ordinaria de tiempo:

A las 4 a.m. levantarse, se forman filas, se pasa lista por cuadrillas, confrontan datos y poco antes de las 5 se trabaja de firme en los talleres, en la obra y en los campos de salinas y en el rancho Nayarit.

A las 8 a.m. toca el clarín para rancho. Se forman las filas y van pasando afuera de las cocinas con su taza y plato de peltre cada uno. El grupo de afeminados reclusos son los cocineros y sirven las comidas. A cada preso le van llenando su taza de café muy aguado, un plato de frijoles cocidos, y media docena de tortillas, y se forman los grupitos cerca de los sitios de trabajo. Los reclusos tienen muy buen humor a pesar de su triste condición. Pero son muy mal hablados. Su lenguaje está salpicado de frases y exclamaciones mal sonantes, cuando no obscenidades.

Reproducir una conversación de sobremesa, a la letra, sería repelente. Creo que lo que distinguía al grupo de los desterrados católicos era la corrección de nuestro lenguaje. El mundo de ideas en que vive el hampón es de la más baja calidad. Y de eso habla.

Se trabaja hasta las 12 m. en que toca el clarín a rancho; se vuelven a formar filas y cada preso recibe un pan, una ración de arroz, otra de frijoles y tortillas. Para el apetito con que se puede uno imaginar, aquella comida era pasadera. Aquel arroz masacotudo y los frijoles con piedras nos sabían a banquete.

La comida de medio día la hacíamos en las barracas, porque luego se prolongaba el descanso hasta las 3 p.m., hora en que vol-

víamos al trabajo. Esa hora nos parecía la más penosa. Pero en honor de la verdad, los capataces también estaban adormilados y en la tarde no se prolongaba el trabajo sino hasta las 6 p.m. A esa hora se repartía la ración de la noche igual a la de la mañana; a las 8 p.m. se pasaba lista y a las nueve se tocaba queda.

Capítulo VIII

LA CUADRILLA RELAMPAGO Y OTRAS OCURRENCIAS

TAMBIÉN HABÍA CASTIGADOS en la colonia penal. A quien lo ameritaba, a juicio del Director, se le enviaba a la *cuadrilla relámpago*. En ésta cada preso tiene un vigilante que usa con largueza el azote y otros géneros de maltrato. La distribución de tiempo del castigo es distinta de la del resto: Levantarse a las 4. Se registra la asistencia y un cuarto de hora después están los castigados trabajando en las más duras faenas. (Descargar los lanchones de sacos de cal, acarrear grandes piedras para los cimientos en la obra, etc.) A las 8 se les da escasa media hora para desayuno y a las 12 m., una hora para comer; de la una a las seis trabajan 5 horas mortales bajo el estudiado maltrato de su vigilante cada uno, que le sigue los pasos en el trabajo, lo acosa, lo insulta, le pega y ¡qué no!, pero no ha acabado su día. Después de unos minutos en que se le obliga a tomar pronto su ración, vuelve al trabajo hasta las 8 p.m., y a esta hora se le encierra en un calabozo, aislado de todos los otros presos. El calabozo de los castigados era algo inmundo sobre toda ponderación.

Y no había muchos porque a quien se aplicaba ese castigo no podía vivir sino pocos días. Solía enviarse a uno u otro por un día o con algunas atenuantes. Conocí un caso que ilustra el sistema. Había un recluso que estaba condenado por ladrón consuetudinario. Era un joven como de 23 años, de constitución fuerte, medio rubio y sano. Un día este muchacho le robó algún dinerillo a otro reclu-

so que vendía helados. Comprobado el caso, una mañana, después de pasar lista, el general Barranco habló a todos los presos en formación, más o menos así:

"A un recluso se le ha comprobado una falta que dadas las circunstancias es grande. Lo traen aquí por ladrón y viene a robar. Precisamente se quiere que con el castigo de la prisión se corrijan y se ve que no hay escarmiento. El recluso 396 dé un paso al frente".

El *güero* lo hizo.

"Desde este momento pasas a la cuadrilla de castigo".

Se hizo cargo del güero uno de los vigilantes más feroces. De tiempo en tiempo veíamos pasar al prisionero cargando sacos de cal que llegaban en lanchones al muelle, traídos desde la calera. Se le aplicó todo el rigor del castigo y al tercer día lo encontré en la enfermería. Yo me daba mañas para descansar del agobiante trabajo, que más que nada llegaba a ser insoportable por el calor. Por eso me conseguía luego permiso para ir a pedir al practicante alguna medicina. Como mi aspecto era más bien enfermizo y mi carácter festivo, fácilmente conseguía tales permisos.

Estando pues en la salita de espera con muy pocas ganas de que el practicante me atendiera pronto, llegó el güero seguido de su capataz. El aspecto del preso era lastimoso. Apenas se podía mover, demacrado, sucio, exhausto. A través de los jirones del uniforme destrozado e inmundo se veían los verdugones en brazos, piernas, y aun en la cara, causados por los azotes. Entra a la salita de operaciones, y tendido en la mesa boca abajo le quita el practicante una capa de algodón que llevaba en la espalda. El algodón está impregnado de agua de cal sanguinolenta y sucia de lodo hecho con tierra, cal, sangre, sudor y porquería. Es grande la llaga que tiene en el arranque de la columna vertebral. La víspera anduvo cargando piedra y se dañó la espalda. El algodón se ha pegado a la llaga y el practicante trata de quitárselo con humedad, pero a pesar de sus esfuerzos destroza tejido vivo y escurre sangre. El güero sufrió un vértigo de dolor y se desvaneció. En ese momento apareció el general en la puerta de la enfermería, y entre él y el practicante hubo este diálogo:

—General, este muchacho tiene alta temperatura y su condición es pésima. Creo que lo debo mandar a una cama en la enfermería.

—No puede ir ese recluso a la enfermería. Está castigado.

—Si sigue trabajando no resistirá mucho ya.

—¡Que se muera! Esos no deben volver a tierra firme.

—¿Por qué no lo fusilan, mi general? Va a sufrir mucho aquí.

—Señor doctor, cumpla su obligación. Usted no está aquí para disponer. Termine de atenderlo y que vuelva el preso a su trabajo.

El güero murió dos días después.

Puede suponerse nuestra impresión cuando una mañana, después de lista, el general habló a los colonos de nuestro campamento del Valleto así:

—"Uno de los reclusos enviados a este penal por delitos del orden político ha cometido una falta grave. Les fue prevenido a todos desde su ingreso que deberían abstenerse de todo género de propaganda religiosa y uno de ellos ha desobedecido. . . León Avalos Vez pasa desde este momento a la cuadrilla de castigo".

Se hizo un silencio profundo. En nuestro grupito el impacto fue de tremenda consternación. Salieron las distintas cuadrillas y nosotros íbamos cabizbajos y en silencio. Cuando tocó el clarín para *rancho* buscábamos todos con la mirada. Vimos a León acercarse por su ración. Andaba acarreando cal. En cuanto recibió su desayuno lo apartó de las filas el capataz.

Yo me acerqué lo más que pude en los minutos que teníamos de descanso luego de tomar el desayuno, y sentí horror a la sola idea de que Avalos no soportaría ni siquiera tres días aquel trato. En honor de la verdad he de confesar que el capataz no lo trataba con la brutalidad de otros. Yo no vi que le pegara, y León nunca dijo que lo hubieran golpeado.

Yo tenía ya un amigo entre los presos, que se llamaba Luis Fajardo. Era de una familia muy decente de la Capital. Lo tenían recluído en las Islas por drogadicto, pero no tenía ni costumbres ni maneras de hampón.

Fajardo gozaba de consideraciones de parte de los empleados y principalmente de uno de los más influyentes, que entiendo era

hermano del general Hernández Cházaro. Este ocupaba a la sazón el puesto de jefe de las Guardias Presidenciales. Hernández Cházaro también estaba en las Islas como por castigo medicinal; porque teniendo el hermano que tenía no lo iban a enviar como prisionero.

Fui a pedirle a Fajardo que le hablara a H. Cházaro para que arreglara alguna forma de aliviar la condición de Avalos. Lo hizo y al mismo tiempo se movieron otras influencias. En la tarde, cuando León estaba ya muy fatigado, supimos que el Director había dado la orden de que Avalos descansara como todos los colonos desde las 6 p. m. y que en la noche podía volver a dormir a su barraca en lugar de ir al calabozo.

En la barraca teníamos Avalos y yo nuestro lugarcito contiguo. Con frecuencia dialogábamos unos minutos en la noche. No charlas prolongadas, porque León era hombre de pocas palabras y otra razón era que acabábamos muy cansados y el ánimo no se prestaba. Aquella noche dialogamos.

—Navarrete, esto es superior a mis fuerzas. Preferiría que me comiera un tiburón.

Los domingos en la tarde los presos tenían vacaciones y se podían bañar en el mar. Los tiburones se acercaban a la orilla y sus visitas nos los hacían familiares.

—¿Qué quieres que te diga, Leoncito? Todos andamos agobiados; pero hoy casi se agotó nuestra resistencia moral cuando te vimos en la relámpago.

—Yo sé que ustedes me sacaron con sus oraciones. No hubiera resistido más. Aún ahora me siento desalentado. Esto es muy duro.

—Pero tú nos has dado ejemplo de fortaleza, León. No pierdas la esperanza. Acuérdate del trato que hicimos el primer día que llegamos. Cuando parezca que llegaste al límite reza una salve. ¿Cuántos trances hemos superado a fuerza de salves? Sé que te ha tocado la peor parte; pero no te puedo decir otra cosa. Animo, León Avalos, no les des el gusto de que te vean quebrado el espíritu.

Al día siguiente León volvió a la vida del recluso normal.

—Oye, Avalos y ¿por qué dijo el General que hacías propaganda religiosa?

—Fue muy sencillo. Creo que al hacer historia de nosotros, los periódicos de México, dijo alguno que yo era el jefe nacional de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa. El capataz Barba vino a preguntarme si era así y yo le contesté: "No, ¡qué va! En la Liga yo soy un muchacho que no cuenta nada. El jefe de la Liga es un señor licenciado muy culto y respetable". Imagínate qué comparación con el Lic. Ceniceros. Luego me llamó el Director y me reclamó con aspereza y me dijo que eso era hacer propaganda porque trataba yo de acreditar a un rebelde, que lo menos que tenía era respetable.

Uno de aquellos días Salvador Alvarez, que estaba trabajando en la demolición de un ancho muro de adobe, se hirió de propósito un pie con la barra para lograr que lo enviaran a la enfermería a descansar.

A ciertas horas del día el calor era insoportable, y el cansancio de un trabajo rudo al que no estábamos acostumbrados agotaba fuerzas y ánimo.

La herida de Salvador estuvo a punto de cercenarle el dedo pulgar de un pie. Lo llevaron al practicante, le hizo éste una curación y lo vendó para librarlo de una infección, pero cuando Salvador suponía que lo encamarían o por lo menos lo dejarían irse a su barraca para estar tendido a la sombra, ordenaron que volviera al trabajo en la obra. Unas horas más tarde tenía considerable temperatura; mas no dejó de trabajar. Sólo porque era muy joven y fuerte resistía.

Salvador Alvarez era un muchacho de temperamento ardiente y muy impulsivo. Un domingo en la tarde nos bañábamos en el mar. Salvador se acercó y me dijo:

—Me voy a meter lejos para que me traguen los animales.

—Nada ganas. Será peor para ti del otro lado.

Lo que nos tenía en una expectación temerosa de lo peor era la inequívoca posición y sentimientos del general Barranco hacia nosotros. Una noche dormíamos todos profundamente en el campa-

mento cuando de pronto nos despertaron voces desaforadas dentro de nuestra barraca:

—Ora, tales por cuales. ¡Esos católicos, vamos arriba!

Yo creí que ya eran las 4 de la mañana; pero me parecía raro que nos levantaran con aquellas voces y que nos hablaran sólo a nosotros. Y varias veces:

—Arriba ca... ¡Esos católicos! ¡Se acabó la buena vida! Vamos... ¡Moviéndose!

Todos asustados brincamos rápidamente y salimos de prisa guiados por varios guardias. Todo afuera estaba en silencio. Un guardia dijo que era la una de la mañana.

¿Nos irán a fusilar? pensamos. No era un despropósito tal pensamiento. El General nos había increpado públicamente más de una vez con tono airado:

—Ustedes son traidores a la Patria; porque andan queriendo conseguir elementos de guerra en el extranjero para derrocar a un gobierno legítimo... Y para los traidores a la Patria... ¡nada más las carabinas!

Otra ocasión nos dijo:

—Ustedes no volverán a tierra firme. Vienen a morir en la Isla.

Por eso aquella noche pensamos que quizá era ya el fin.

En la placita que había frente a las oficinas nos estaba esperando el general. Tal vez no se había retirado aún a su casa, por disfrutar de la brisa del mar. Las primeras horas de la noche eran muy calurosas y se antojaba pasear por la playa. Vestía traje ligero con una guayabera de seda color ámbar.

—¿Cómo les va?

Nosotros mostramos mucha reserva. Apenas contestamos con imperceptible murmullo. El sigue:

—Miren ustedes qué hermosa es la Isla. Me dio gana de mandarles llamar para que vean este panorama único. Aquí es frecuente.

En verdad que el escenario de nuestra desgracia era espléndido. La luna llena lucía en lo más alto del firmamento y bañaba de luz tranquila y tibia el bosquecillo cercano y el caserío de El Valleto,



Algunos de los desterrados a las Islas Marías en junio de 1927, por actividades subversivas contra el gobierno del Gral. Plutarco Elías Calles. Condecorados en la fiesta en casa de la señora Gangoiti.

mitad aldea y mitad campamento. Por un lado el cerro cubierto de arboleda oscura y por el otro la inmensidad del mar cuyas olas reventaban en la playa, cansadas después de un largo viaje. En su cresta de espuma brillante con luz de luna me parecía que portaban un mensaje para el mexicano desterrado. Venían del Oriente. Mirando hacia allá, el deseo nos hace adivinar en una oscura sombra de horizonte, la costa de Nayarit. Ensimismados en la contemplación de la belleza de aquel fantástico panorama, el estruendo de las olas me parecía voz y mensaje que llegaba de muy más allá de los confines del mundo. Rumor de bosque, silencio de estrellas y rugido del mar son el hablar de Dios.

Por eso sonaba ridícula la voz del soldadón:

—Ustedes vivirían felices si no se hubieran aliado con los curas para ayudarles a salirse con la suya. Pero ya ven, no lo van a conseguir. Los curas deberían estar aquí con ustedes. Ya verían cómo les iba conmigo.

Nosotros permanecíamos en silencio. Y él seguía su charla venenosa:

—No tengan miedo. Nada les pasará ahora. Sólo quería que contemplaran este espectáculo. A mí me parece fantástico.

Y así era. Pero nosotros habíamos trabajado todo el día y hubiéramos preferido mil veces el sueño y el descanso. Además íbamos a comenzar otra vez, a las 4 de la mañana, una nueva jornada y pesaba sobre nosotros la constante incertidumbre sobre nuestra suerte futura. Cada día podía ser el último.

Aquella noche, el general nos tuvo en la playa escuchando sus ponderaciones cerca de una hora y nos mandó de vuelta a la barraca.

Capítulo IX

HABITANTES DEL PRESIDIO

La psicología del desterrado supongo que será muy semejante en todas partes del mundo. La noticia que yo tenía me había llegado a través de novelas, películas y conversación fragmentaria con delincuentes del género chico en las repetidas ocasiones que nos cruzamos con ellos los muchachos de la A. C. J. M., cuando fuimos huéspedes de la Penitenciaría. Por breves días habíamos sido sus huéspedes, como resultado de nuestras públicas protestas, manifestaciones y tumultos, frecuentes en Guadalajara desde los días del general Diéguez.

Ahora estaba conviviendo con la espuma del mundo fascinante de los bajos fondos.

Durante el destierro de católicos el año 27, en la Colonia Penal no había mujeres reclusas. Aludiendo al grupo de afeminados (alrededor de 15), que eran enviados sin condena fija, solían decir los presos que en la Colonia eran tan hombres, que hasta las mujeres eran hombres.

Ese grupo de invertidos vivían en barraca separada, con muy estrecha vigilancia, de modo que sólo los conocíamos porque ellos servían el rancho, pues trabajaban en la cocina. De paso los oíamos comentar cuando formábamos las filas frente a ellos para recibir ración. Iban pintados los labios y ojeras con afeites femeninos. Maldecían la tiranía que los obligaba a usar prendas de vestir masculinas, tan impropias de su condición, y se llamaban unos a otros con apodos sugerentes. Uno era María Conesa, otro Mimí

Derba, y así los demás. Cuando había función de teatro llevaban a esos pobres como a todos los colonos; pero en la sala, como en todos los sitios de reunión, tenían su lugar separado y se extremaba siempre la vigilancia, porque eran atrevidos y procaces. Se decía entre los colonos que los guardias eran crueles en los castigos que les imponían. Sin embargo, no se quejaban: la psicología de ese tipo de sujetos es rara. A veces lloraban en público sin la menor contención por supuestas ofensas o injusticias, y en otras soportaban rudas tareas en el trabajo y resistían todo género de inclemencias físicas. Tienen reacciones temperamentales extremadas. Impúdicos en sus expresiones y descarados en actitudes descocadas. Sólo se les obligaba a ser medio viriles a fuerza de castigo y amenazas.

Para mí, como sin duda para mis compañeros, significó una mayor afrenta el sufrir aquella compañía, que la de los otros criminales.

Capítulo aparte merecerían los empleados y oficiales del Penal. Como es natural eran muy diferentes los tipos. Pero la tónica común la daba el comportamiento del general Barranco. No escondía sus sentimientos hacia nosotros. Ni dejó pasar ocasión para mostrar su desprecio. Por lo demás, no era muy distinto el trato que daba a los delincuentes del orden común. Altanero y rudo aun con algunos de los empleados. Entre éstos los había complacientes y aun amigables como Hernández Cházaro, que tenían mucha influencia porque era —ya lo he contado— hermano del general jefe de las Guardias Presidenciales en México. Yo tuve que agradecerle su intervención en mi favor para que me sacaran del trabajo en las fajinas de la construcción del teatro y los caminos, en donde estuve como seis semanas.

Siento no recordar los nombres de algunos capataces que se mostraron muy comprensivos y con los cuales podía yo conseguir, por ejemplo, que me trajeran limones de los huertos de los jefes. Parecería cosa trivial el conseguir media docena de limones; pero llegaba este alivio a ser cuestión de vida o muerte, porque el trabajo fuera de los talleres, bajo el inclemente sol de la Isla, con altísimas temperaturas, deficiente alimentación, agua contaminada

y general desaseo nos tenía siempre enfermos. Así que las diarreas, disenterías y trastornos similares nos eran cosa familiar.

Entre los que se distinguieron como celosos perseguidores y crueles para extremar las medidas disciplinarias había uno de apellido Barba, a quien todos temíamos.

Dos palabras sobre el tema de la famosa regeneración del criminal, en las colonias penales. En esta de las Islas Marías predominaba entre los prisioneros el sentimiento depresivo de angustioso temor y la común sensación de lo que hoy llamaríamos complejo de esclavitud. Fácil es colegir que para ningún desterrado llegaba a ser la reclusión ni remotamente causa, ni siquiera ocasión de regeneración, si era criminal, o de cambio de rumbo en sus opiniones, si era preso político. Antes al contrario, se exacerbaba el deseo de que terminara pronto aquella pesadilla para gozar de un desquite.

—Oye, Tarántula, ¿qué noticias tienes?

—Me llegó aire de la *jefa*. Tú sabes, se mueven hilos por la urbe. Dicen que pronto me voy a desentumir. Ya es tiempo. Los aires de Tepito me reponen.

—A la mejor volamos juntos.

—Pos órale. Ya sabes que ahí nos vamos. Llegando a mis *echaderos,* conmigo no te *atiricias.*

—¿Qué planes trais?

—Los de siempre, mano. Ya sueño en el fiestón. Mira, manito, un *golpe* arreglado que nos forre bien de *lana;* un pitillo de *Juanita* para que te las truenes a tu mero gusto y un par de pollas como de diputados, mano. Todo es que nos dejen *airiarnos.*

Ese era el sueño del hampón cautivo. En repetidas ocasiones oí la confidencia: una orgía de pulque, marihuana y mujeres, para lo cual había que maquinarse un buen asalto según la especialidad de cada uno.

El relegado político no hacía más que planear su venganza en silencio tozudo; pero amargado hasta la médula.

Nuestro grupo de 13 era el elemento inusitado en el presidio.

Por las veredas calcinadas por un sol africano cruzaba arras-

trando los pies la figura respetable del licenciado Pompa, en los umbrales de la ancianidad, llevando a la espalda su carga infamante de un gran pedrusco o los adobes para la construcción; encorvado bajo el peso de los años y del odio de un gobierno satánico, va el bondadoso viejito señor Durán, crecida y descuidada la barba blanca, llagada la espalda y mal cubierta de andrajos, entre los que escurren sudor, lodo y sangre.

¿Por qué están en aquel tormento?

Porque un día lanzaron con valentía su grito de protesta e indignación contra la dictadura roja de un inconsciente corifeo de poderes sombríos y antimexicanos.

Entre los presidiarios católicos había jovencitos que ciertamente eran lo más antitético de aquel ambiente: un Juan Carpio, de León de los Aldamas, Gto., pensamiento de niño, ingenuidad de inexperto, corazón acerino de hombre cabal; un León Avalos, reposado, silencioso, profundo y a la vez con un sentido del humor que ponía con sus comentarios la nota tragi-cómica en tres palabras. . .

Dormíamos en el piso de la barraca en un extremo de la misma y desde al llegar pudimos escoger nuestros lugares de manera que estuviéramos los 13 juntos. El sitio de León era contiguo al mío. Una noche me habló como a las 2 de la mañana. Estábamos despiertos.

—Oye, Navarrete, mira qué desorden.

Me señalaba en las duelas del piso la multitud de chinches que se entrecruzaban yendo y viniendo.

—¿No se te hace que necesitan un agente de tránsito? Mira cómo chocan. Corren muy nerviosas; sin razón, porque están muy gorditas.

Con una astilla de la duela escarba en la juntura y dice:

—Habían de ser como estos señores güeros, tipos flemáticos y no tan golosos. Estos comen una vez al día y luego duermen lo más del tiempo.

Iba sacando con la astilla varios piojos blancos; que los había en cantidad.

—Yo he estudiado nuestra fauna y es variada. Fíjate: las pulgas,

qué bien se dan aquí; son robustas y saltan con elegancia y muy ligeras. Serían pulgas campeonas en cualquier competencia.

—Oye, Leoncito, qué tal si dormimos un rato.

—Hagamos la lucha.

De aquí y de allá nos llega una verdadera sinfonía de ronquidos. Enderezándome sobre los codos veo cómo se extiende aquella alfombra de seres humanos. Entiendo por qué se habla de bajos fondos. Es el sedimento de inmundicia social. Nos han puesto en el mismo nivel que aquellos compañeros presidiarios. En el plano de la delincuencia ignorante, del criminal irredento, a la altura del suelo.

Y sin embargo, ahí, a dos metros de mi medio metro de piso, están Barajas y Orozco, dos seminaristas, jóvenes de vida limpia y de encumbrados ideales. Qué, ¿no han sacado de quicio las cosas y a las gentes? ¿Quién arrojó a estos jóvenes de alma sana al humano pudridero del presidio?

Y como ellos, Calixto, Salvador Alvarez, Toño Pompa, buen humor y bondad. Con nosotros, en cristiano nivel de una ejemplar hermandad los honrados obreros D. Gabino, Miguel Vargas e Isaac Ramos. Este último fue aprehendido con Avalos, cuando guiaba el coche en el que León repartía propaganda de la Liga.

Desgraciadamente estuvimos muy vigilados y no pudimos desarrollar labor de apostolado con los presos, porque se tenía como un delito aun la más inocente muestra de religiosidad. Creo que sí dimos la lección de nuestra alegría en la desgracia. Por las noches, León y yo rezábamos el rosario y me parece recordar que algunos domingos lo rezábamos reunidos los trece.

Poco frecuentábamos los corrillos de los demás reclusos y ni ellos lo tomaban a mal. Su conversación habitual, temas y vocabulario, nos eran extraños, y aunque aprendimos mucho del dialecto carcelario, no lo usábamos, y seguramente que a mis 12 compañeros correligionarios les pasó lo que a mí, que hice un esfuerzo, a raíz de que salí de la prisión, por olvidar todo lo que se relacionaba con la vida de aquellos días. Es curioso que muy poco tiempo después de haber salido ni siquiera pude acordarme de mi número de pre-

sidiario, y eso que durante largos dos meses no tuve nombre sino un número por el que se me llamaba muchas veces al día.

No fomentábamos algún género de antipatía por el prisionero común. Había incompatibilidad solamente. Más aún. Algunas de aquellas vidas eran, si no propiamente interesantes, sí pintorescas.

Relataré en seguida una que otra experiencia.

Tuve un compañero en el taller de talabartería en donde estuve las últimas dos semanas de mi cautiverio. Era el jefe del taller y tenía unos cuatro subalternos. Nuestro primer encuentro fue curioso.

En un grupo de liberados le tocó salir a un oficial del taller y andaban buscando un talabartero. Yo les había recomendado a mis amigos nuevos que tenían alguna influencia, que ojalá y me pudieran conseguir una comisión en algún taller.

Era situación de privilegio porque se vivía a la sombra. Un día me dice Fajardo:

—Lástima que tú no seas talabartero.

—Y ¿quién dice que no sé de talabartería?

—¿No dices que eres estudiante de Ingeniería?

—Es verdad, pero mi padre tenía un taller de talabartería en mi pueblo y me enseñó desde que yo era muy chico. Ya sabía hasta el adorno con hilo de plata.

—¿De veras sabes?

—¡Claro que sé!

—Bueno. Yo le voy a hablar ahora mismo al Administrador. Pero si te calan y no sabes. . . ¡te van a torcer!

—No tengas cuidado. Te aseguro que sé bien.

Había en aquello parte de verdad, mucho de mentira. Mi padre había tenido un taller en mi pueblo; pero desde que yo tenía siete años se acabó aquello. Siendo, pues, un niño me divertía en mis ratos libres y vacaciones, aprendiendo a pespuntar y haciendo pequeños artefactos de piel.

Como a las 10 de la mañana me llamó el director.

—¿Es verdad que tú sabes de talabartería?

—Sí, mi general.

—Te voy a mandar al taller, pero si me has mentido, lo vas a pagar bien caro.

—Como usted ordene, mi general.

Mandó llamar al maestro talabartero.

—Este muchacho dice que sabe trabajar en la talabartería. Lléveselo a ver si sabe. Hoy mismo me dice si le sirve en el taller. taller.

El maestro talabartero era un tipo de los más pintorescos que conocí en el penal. Le decían por apodo "el Cura". Luego diré por qué.

En el taller me mostró un collar de los que ponen a las mulas para sujetar ahí el arnés o enganchar las cadenas para tirar del arado. Estaba roto, viejo y todo cubierto de barro seco.

—Vas a componer eso.

—Está bien.

En un rincón había una pileta de duela casi llena de agua. Tomé el collar, lo eché en la pileta y me senté en un banquillo.

—¿Qué haces?

—Voy a esperar que se remoje. Luego lo limpiaré, lo desbarato para remendarlo y volverlo a armar.

—¿Has cosido con correa?

—¡Cómo no!

Me miró incrédulo.

—Con esas manitas de cura apenas sabrás hacer punta de bolillo.

—Las apariencias engañan, maistro.

Con diligencia me puse a restregar el collar y quitarle las plastas de lodo. Luego le saqué el relleno de zacate y moviéndome mucho, pero haciendo poco, lo comencé a descoser cortando puntada por puntada con un cuchillito que constantemente iba a afilar a una piedra de amolar, y luego asentaba el filo con la chaira, como veía de chico a los oficiales en el taller de mi padre. Necesitaba hacer tiempo para realizar mi plan. Muy pronto se oyó el clarín que tocaba a rancho. Los tres oficiales dejaron muy de prisa sus utensilios y salieron del taller. Ese era mi plan. Nos quedamos solos el maestro y yo. El habló primero:

—Yo no soy ningún p. . . , muchacho. Tú no sabes de esto.

—Vamos por partes, maistro. A mí me está llevando la tostada en el trabajo de la obra al rayo del sol. Ya me acaba la diarrea y luego no puedo comer ni dormir. Además, yo sé algo de esto y aprenderé pronto lo demás. Vamos al grano. Yo tengo cinco pesos escondidos y dos botes de leche condensada. Usted le dice al director que sí sé trabajar y no se arrepentirá. Al cabo. . . arrieros somos y en el camino andamos.

—¿Dónde están los fierros y las latas?

—Nomás vamos al rancho y luego a mi barraca por ellos.

Naturalmente que el maistro fue a decir al director que yo era el mejor de los talabarteros que había tenido a sus órdenes. Para ser consecuente, unos días después le tocó el turno y salió libre. Me recomendó para jefe y lo fui hasta el día que salimos en libertad.

En los días que trabajé con el *Cura* me contó historias, me explicó los más variados modos y tácticas de robar, me enseñó el más raro vocabulario técnico del hampa, etc., como si fuera yo un discípulo a quien se está capacitando en el arte. Y según el *Cura*, el arte de robar no sólo es de las artes bellas sino la que requiere más inteligencia y cualidades humanas. Solía reprochar a los ladrones jóvenes delante de mí, en tiradas líricas llenas de entusiasmo:

—Dígame usted, jovencito, si le parece a usted correcto el modo de robar de esta "rata joven" (se refería en general a los ladrones de la nueva generación): se esperan en un callejón oscuro y a la una o dos de la mañana cosen a puñaladas a un infeliz trasnochado o a un desgraciado telegrafista que sale de su guardia, y le quitan veinte pesos. ¡No señor! ¡Eso no es robar como se debe! ¡Eso es desprestigiar la profesión! ¡Mire usted! Yo tengo cuarenta años de ejercer y nunca he perjudicado a nadie. Pero esta rata nueva ¿qué sabe de la habilidad de manos? (aquí movía con ligereza los dedos y accionaba como para ejecutar las artes que describía con palabras). Yo le saco a usted una billetera de cualquier bolsa interior, abrochada o no; yo le quito a usted un fistol con broche de seguridad o le saco el reloj de dondequiera que lo

traiga; yo me pinto para llevarme su veliz en la estación cuando usted menos cuenta se da; en una apretura de la Villa de Guadalupe yo "recojo" diez o doce bolsas de mano de señora sin golpes ni estrujones, sino con pura habilidad de manos y movimientos de ojos. Como les digo a estos raterillos aficionados: Hay que ser puerco pero no trompudo. ¡Y para qué le cuento de los planes hechos con paciencia y científicamente!

Aquí relataba la historia de dos niños que compró en una ocasión a los robachicos. Uno de 2 años y otro de uno. Los educó, como él decía, durante cuatro años. Vivían en una casucha por Ixtapalapa, y cuando estaban de 5 y 6 años dio el primer golpe con ellos.

—Mire, joven —proseguía instruyéndome—, todo se puede hacer con inteligencia. Y no es por echármelas, pero a mí, como dice la canción: "del cielo bajan las gracias y a mí me han favorecido". Un día vestí a los escuincles de marineritos, todo fino y de primera, con sus rizos güeros bien hechos. Se meten a la joyería La Princesa detrás de una señorona con hartas pieles y joyas. Todos creen que son familiares. . . Los mocosos son aguzados, la señora hace que le enseñen butí alhajas. En un *parpareo* ya me trae el chilpayate un estuche con un solitario de 25 grandes.[1] Usted sabe, joven: nos arrancamos volados a otra joyería, pa'qué le cuento mucho. En un día junto piedras por 70 mil del águila. Pero eso no lo hace cualquiera. Usted tiene que tener sangre fría y algo en la cabeza. Si no, déjese de eso. Como yo digo: "si no se siente con fuerzas no se meta a cargador".

Cuenta que el mismo día salió de México para unas largas vacaciones y desapareció por 6 o 7 meses de la capital. Llegó hasta el Istmo de Tehuantepec.

—Porque usted sabe, joven: la policía conoce la marca, y se avientan a buscarme.

Pintorescamente describía sus vacaciones en el Istmo. Para no delatarse, descansaba de robar. . . robando. Pero en forma muy segura y hasta edificante. Tenía su equipo de sacerdote.

[1] Billetes de mil pesos.

—Usted sabe, las ropas de cura me las conseguí fácil. Me fui a una iglesia y había 3 o cuatro padrecitos. Escogí al más igual a mí, lo seguí a su casa, lo dejé que se durmiera y me hice de un equipo completo.

Escogió el Istmo porque allá no hay padrecitos. Llegaba a los poblados preguntando desde cuándo no les decían misa, y siempre resultaba que hacía 2 ó 3 años o más no aportaba un padre por ahí. Y trabajaba por una semana celebrando, confesando, casando, bautizando y confirmando.

—Y viera usted, joven —comentaba el pícaro—, que se mantiene uno muy a gusto y hasta hacía mis ahorritos. Había día que para eso de las 9 de la mañana tenía ya mis 20 o 30 pesillos sin contar con media docena de pollos y a veces el puerquito, las palomas y qué sé yo: quesos, tompiates de chiles. . . tánta cosa. Y mire usted, que corría la voz de que era bueno pa'dar consejos confesando.

A la pregunta de cuántas veces ha estado en la cárcel dice:

—¿Quién las cuenta? Tengo cuarenta años trabajando y de esos me he pasado la tercera parte en prisiones; pero no me quejo, es parte de la vida de uno. He cumplido condenas en San Juan de Ulúa, en el Valle Nacional, y esta es la tercera vez que caigo aquí, pero como digo: pórtese usted bien y luego reconocen y distinguen la calidá. Nunca he durado más de cuatro años. . . y muchas condenas chicas en la Peni. Pero como digo, uno ya sabe a qué se atiene. Y más cuando se va haciendo tarde en la vida, que ya dicen por ahí que "a jacal viejo no le faltan goteras".

—¿Tú crees que la policía de México es muy buena?

—Pos "no se mi hace gorda Antonia, lo que tiene es mal fajada". Nosotros no estamos bien organizados. Y hay muchos piques. Como yo digo: si no anduviéramos diario de pleito y con envidias. . . y luego las viejas. . . Yo creo que esto es dondequiera. No hay honradez y por quitarle a usted un entierrito o simplemente una changuita, lo denuncian a la polecía. A veces ella misma. Yo puse a nombre de una garra que entonces vivía conmigo una casita que compré en Ixtapalapa. Y me costó 3 meses de Peni. Les sopló a las Comisiones

y me echaron mano. Pero así tiene que ser y a cada puerquito se le llega su San Martín.

—Pero ¿tú estás contento de tu modo de vivir?

—Mire, joven, yo no me quejo. Es mi vida. Eso es de familia. Soy hijo de padres pobres, aunque rateros también. No voy a echarme pa'trás. Ya'stá dicho y es pa'pulque y el que sobre lo tiramos y menos a estas horas. Le digo que tiene trechos de subida, pero no porque me ande rajando. No piense que soy tan viejo, lo que tengo es mal cuidado.

Entre aquella gente el *Cura* se destacaba por su viveza natural y larga experiencia en las andanzas de los maleantes. No era solamente un experto en el arte de robar, sino un maestro en disciplinas y tácticas para domar las rebeldías y rudezas de la gente de su mundo. Sus diatribas contra la "rata nueva" las mezclaba con el consejo y amistosa dirección para el principiante. Era el filósofo de la cleptomanía. Porque además, no invadía otros campos. No era un degenerado como había tantos. Fumaba su marihuana porque, como solía decir en los aquelarres de las palomillas: "échenle jocoque al *Cura* que también sabe almorzar". Y luego: "Esta vida es perra, joven, y tiene ratos muy pesados que nomás se alivianan con la visita de *Doña Juanita.* Y luego como yo les digo: no hay milpa sin guitlacoches y a l'hora de freír frijoles manteca es lo que hace falta. Luego creen que es fácil ir corriendo usted solo por la calle y los azules detrás y que oye usted el primer cuetazo a su espalda y los gritos de la bola de 'agárrenlo, agárrenlo'. . . y usted tiene que atropellar un chamaco y a una vieja. . . y a veces tiene que soltar el paquete, ya bien espantado. No, si algunos trabajos de éstos no se pueden hacer sin estar tocado de *la yerba* y con el fierro en la mano".

—Y si es una profesión tan difícil ¿cómo es que no se deciden a vivir honradamente?

—No, joven, ni me predique. Al que se ha de condenar es por demás que le recen. Y ya metido en la bola, los mismos riesgos son sabrosos; lo que quiero decirle es que no hay que conejear sin perros y que el que nació en zalea siempre anda oliendo a borrego.

—Bueno, amigo, pero ¿no es verdad que lo robado ni siquiera luce?

—Lo robado no luce, pero mantiene. Y como no hay que ganar la de adentro, sino arrebatarla, pos usté siempre la tiene segura, porque al que comercia en canastas nunca le faltan tompiates.

—Pero tompiates ajenos.

—Arreglado al tendajón son las moscas.

—Bueno, mi amigo, y ¿no le parece muy mal enseñar a muchachos tan chicos a robar?

—No, si yo no les enseño a robar. Yo les dirijo para que no hagan tarugadas. De todos modos han de ser rateros porque al que nace pa'tamal del cielo le caen las hojas. Pero lo que han de hacer, que lo hagan bien hecho. Si el mío es un servicio que me lo habían de agradecer las gentes. Y luego ¿qué? ¿Quién no roba? Como luego les digo yo: todo en el mundo es robar y el que dude que haga cuentas.

—¿Y ha sacado buenos discípulos?

—Oiga, joven, tampoco crea que tengo escuela. Yo nomás les digo en plática. Porque le voy a decir: para hacer uno su trabajito es mejor solo; se quita uno de muchos enredos. Eso de las bandas a mí nunca me ha gustado. Porque hasta los paleros le salen a uno mal. Yo tuve un mocoso que se juntó para chambear un tiempo y cuando menos acordé me llevó como dos mil pesos y luego me andaba sacando la vuelta. Desde eso no quiero tratos con rateros. No le puede usted tener confianza a nadie. Con que yo tengo un chamaco ya poco crecido, andará por los veinticinco, y luego va a verme; pero siempre le cuido las manos mientras está en mi casa. Porque verá usted, joven, será que lo heredan; pero ese amigo salió muy fino para el trabajo. ¡Qué manos de cuate!

—¡Cómo! ¿Hasta de su hijo desconfía?

—El que se quemó con leche hasta al jocoque le sopla.

Con el *Cura* me pasaba yo muy divertidas horas en la talabartería.

Estamos una tarde haciendo inventario de todas las cosas mal hechas que hay en la Colonia cuando entra en el tallercito uno de los más pintorescos tipos que conocí en el destierro. Se llamaba Amadeo y le decían "el Licenciado". Su aspecto era insignificante. Bajo de estatura, flaco, enfermizo, poco pelo desaliñado, dientes manchados que dejaba ver continuamente porque se había estereotipado en su expresión una perenne mueca indefinible que lo mismo se podría decir sonrisa amarga que mueca de disgusto o de asco. Caminaba con paso menudito y zandungo. Se acercaba sin ruido, de modo que de pronto estaba en medio del corrillo sin que lo hubieran notado. Palabra fácil, rápido e ingenioso en la réplica y de buen humor, aunque burlón y cáustico.

—Quihubo, Cura, ¿qué pasó con tanto muerto? Ya parece camposanto.

—Pásele, licenciado, está en su casa.

—Es de todos, gracias.

—¿Cuándo tendremos teatro?

—Ya se está preparando algo. Entre los compañeros estudiantes hay buen elemento. Aquí el joven talabartero está ensayando una revista en que aparecerán el señor Pompa y Pompa, Fajardo, Alvarez y otros actores ya conocidos. Nos vamos a divertir de veras.

—No me lo agarre por donde quema, licenciado, pero le voy a dar un consejo aunque "no te metas donde no te llaman"; pero de todos modos, yo a ratos me siento más pa' l'otra que para ésta, y me ha dado por aconsejar; porque como luego dicen: "los dichos de los viejitos son evangelios chiquitos". Mire, licenciado, todos sabemos que aquí los compañeros que mandaron por la guerra religiosa son de otra calidad que la de nosotros. Digo porque usté tiene mucho caletre y el que sabe sabe. En algunas de sus comedias que ha puesto ahí echan muchos calambures y pueda ser que aquí los compañeros se vean obligados a ponerse a nuestra altura, y mire, licenciado, no es por nada, pero. . . no hay que ser.

—No, si yo sé distinguir y me estará mal el decirlo, pero ustedes me ven mal portado y con estas garras porque estoy en mis días de malas. Pero aquí donde me ven prisionero y boca abajo, me siento valer más que muchos que en la capital parecen cosa grande y no valen lo que yo.

—Eso es cierto, licenciado, porque como dice el dicho "no todo el que trae levita es persona principal", y aquí se sabe que usté es de categoría.

—No será tanto, pero lo que tenga de bueno mi Padre Dios me lo dio, que es modo de entender las cosas. Pero como sucede luego, el maldito vicio me domina y nunca he podido salir del hoyo.

Amadeo era vicioso, al parecer drogadicto, y con eso, el desorden y depravación moral consiguiente, en materia de justicia, sexualidad, etc.

—Lo que le iba diciendo, licenciado, es que aquí los amigos no están acostumbrados a los modos de nuestra plática ni nosotros a la de ellos, porque como luego dice uno: "los árboles en el monte tienen su separación: unos nacen para santos y otros para ser carbón".

—Ya sé lo que quiere decir mi amigo el *Cura;* pero no creo que nosotros vayamos ahora a poner catecismo en el teatro para santificar rateros y asesinos. Parece que eso es lo que quieres.

—No. Santificarlos no. Porque son muchos los diablos y poca la agua bendita. Pero una cosa es la pobreza, y la mugre es otra cosa. A ver si puedes hacer algo distinto esta vez. —

Aquí terció el *Tecolote,* que era otro talabartero.

—No le *buigas, Cura,* y deja que haga lo que quiera el licenciado; que al cabo nos hará reír, y si se pone predicador no le queda, porque éste es como el fogón de rancho: "si está prendido te quema y si está apagado te tizna".

A este punto, se oyó el toque de clarín para rancho y todos salimos para formar afuera de las cocinas.

Al correr de los días, nos íbamos acostumbrando a la vida del Penal. De recién llegados abrigábamos alguna esperanza de que algo extraordinario sucediera, que nos reintegrara a "tierra firme"; pero se fue apagando esa ilusión poco a poco. Cuando estábamos para salir del calabozo de los sótanos en México, me había dicho Elizondo al despedirse: "No se apuren, yo me quedo aquí y voy a trabajar para rescatarlos. Cuando menos esperen, llegaremos a la Isla por ustedes. Si es necesario fletaremos un barco y armaremos una expedición militar".

Poco tiempo bastó para que comprendiéramos que no era fácil salir por la fuerza.

Por aquellos días hubo un conato de fuga. Trataron de escapar dos españoles que cumplían condena ilimitada. Trabajaban en labores agrícolas en el rancho Nayarit. Con mucha cautela habían estado preparando allá en el monte unos troncos de árbol que ocultaban en los matorrales. Torcieron lianas para tener fuertes cuerdas con que ataron los maderos, y una noche, después de pasar la última lista en el campamento, se escaparon hábilmente de la barraca y a favor de la oscuridad arrastraron la balsa hasta el mar. Utilizaron palas ordinarias como remos y enfilaron rumbo de la playa de San Blas remando desesperadamente toda la noche. Amanecía un domingo.

A las cuatro de la mañana se notó su falta y se tomaron las providencias que se solía: comunicarse por radio a Manzanillo, desde donde se daba la voz de alerta a los puntos de la costa viables para el desembarco, salir una patrulla en lancha de motor para la persecución en el mar y *peinar* la isla en todas direcciones.

Serían las cuatro de la tarde cuando nos platicó un sargento al que convidamos a comer chicharrones de caguama. El había ido con un capitán a perseguir a los fugitivos en la lancha.

—¿Qué tan lejos iban cuando los alcanzaron, mi sargento?

—No, si no los alcanzamos. Los devisamos. Todavía no irían a medio camino cuando los vio el capitán con los gemelos.

—Pero ¿no los aprehendieron de nuevo?

—¡Para qué! Tiré al blanco y dos balas completaron el trabajo. Y eso que estaba picadito el mar. Y les tiré como a medio kilómetro. Cartucho por piocha.

—¿Los vieron muertos?

—Los que los vieron fueron los tiburones; que ya iba una manadita detrás de ellos. Tuvieron su desayuno.

Capítulo X

LA LIBERTAD

HACIA FINES DE JULIO DE 1927, un domingo en la tarde, andábamos desperdigados por la playa cazando tortugas para hacer chicharrones, y recogiendo charales. Los domingos trabajaban las cuadrillas en la mañana y después del rancho de mediodía nos dejaban libre la tarde. Podíamos bañarnos en el mar, recoger pescado, freírlo y pasear libremente dentro de los límites del campamento.

Aquella tarde yo caminaba por la orilla del mar platicando con Fajardo, cuando oí la voz de un vigilante que iba gritando de barraca en barraca:

—Esos católicos, que se presenten en la Dirección —y repetía su pregón:

—¡Esos católicos muévanse!

Yo le dije a Luis Fajardo:

—¡Ah qué tanteada! ¡Nos van a poner a trabajar!

Di por hecho que, como había sucedido alguna vez, nos mandarían a alguna faena extra. Decidí no presentarme. Le dije a Luis:

—Yo no voy. Me voy a esconder, y tú arrímate por la Dirección a ver qué va a suceder.

Detrás de un matorral me puse o observar. Vi cómo iban mis compañeros rumbo a la Dirección y pasó un rato sin que se notara movimiento alguno. La impaciencia y cierta corazonada me hicieron salir de mi escondite y con precaución me fui acercando, dispuesto a evitar el ser visto si notara que habíamos sido llamados para mal.

Cautelosamente me acerqué a una ventana de la oficina del director y escuché cómo éste le decía a alguien:

—Yo no sé más que lo que me fue comunicado esta mañana en un radiograma de la Secretaría de Gobernación. Por lo tanto, ustedes quedan desde ahora en libertad y saldrán para Mazatlán dentro de un rato en el barco particular que está en el muelle a punto de zarpar.

Al oír aquello me sentí otro hombre. Irrumpí en la oficina y me cuadré zalamero:

—A sus órdenes, mi general.

—Mis órdenes son que ya pueden marcharse de la Isla cuando quieran.

Arregló el general los detalles con Avalos. Quedábamos libres en la Isla. Cuando se reintegran los liberados "a tierra firme", como dicen allá, en barco del Gobierno, la travesía no se tiene que pagar. Pero nosotros íbamos a regresar en bote particular y teníamos que pagar el pasaje hasta Mazatlán. A mí se me ocurrió objetar que como el gobierno nos había aprehendido en México y sin sentencia ni formalidad alguna nos tenía ya cuatro meses en prisión, nos debería liberar en la ciudad de México. Pero León me dijo que no eran momentos para discutir quién debería pagar unos cuantos pesos. Sobre todo que el general le ofreció a León prestarnos de su peculio particular el precio del pasaje.

Curioso fue que le prestó buena cantidad de dinero en efectivo sin firma de papel alguno y sólo le dio un domicilio en la capital para que entregara el dinero a nuestro arribo.

El general sabía con quiénes trataba.

Capítulo XI

PROFECIA DEL PADRE GIBAJA

El 30 de julio de 1927 regresábamos a la capital de la República los 13 desterrados, de las Islas Marías.

Durante 15 días se sucedieron los agasajos sin interrupción en diversas casas particulares y centros sociales católicos.

Una señora muy entusiasta de apellido Cuatáparo, siento no recordar el nombre, mandó grabar unas medallas con la imagen de la Virgen de Guadalupe en el anverso y una leyenda en el reverso, que decía "Honor y Gloria a los Mártires de la Fe". En una solemne ceremonia nos fue impuesta la condecoración dicha. Se tomaron películas, muchas fotografías y se excedieron las gentes amigas en atenciones.

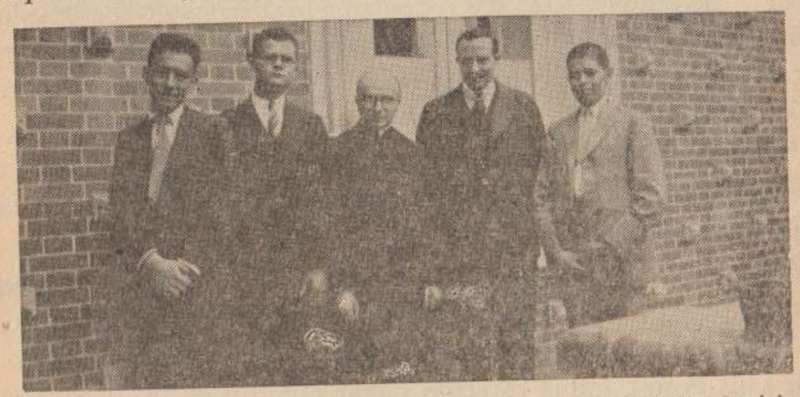
Una de aquellas noches de fiesta, en casa de los esposos Gangoiti, organizó la señora de la casa, doña Asunción Fernández del Valle de Gangoiti, una ceremonia en que se cantó un Te Deum en la capilla particular de la familia, en las calles de Córdoba. Ofició el señor Obispo de Zamora don Manuel Fulcheri y Pietra Santa y predicó el Padre Fructuoso Gibaja de la Compañía de Jesús. Tenía este Padre bien ganada fama de elocuente, y aquella tarde lo confirmó con un fervorín que emocionó hasta las lágrimas a muchos de los asistentes.

En una parte de su discurso se dirigió el Padre Gibaja a nosotros y muy conmovido nos dijo más o menos:

"Vosotros habéis merecido de Dios un privilegio envidiable: sufrir por la causa de la Iglesia de Cristo, persecución, tormento en

vuestro cuerpo y aflicción en vuestro espíritu. Dichosos de vosotros. Esos días de dolor que ahora son ya sólo un recuerdo quedarán grabados en vuestra memoria como indeleble marca de predilección divina. Son inescrutables los juicios de Dios; pero hay algunos indicios de su complacencia en nuestras vidas. Y yo puedo deciros que el Señor está complacido de vuestras acciones valientes. No podemos nunca predecir los finales destinos de los hombres, pero el Señor me inspira el deseo de encender en vosotros una confiada esperanza en vuestro final destino. La Virgen de Guadalupe vela por los destinos de este México que está viviendo su hora de angustia nacional. Y Ella, por cuya mediación alcanzasteis la gracia de participar señaladamente en la pasión de México, os salvará a vosotros como salvará a esta nación a la que tanto amáis. No temáis a las fuerzas desatadas del infierno. Sed fieles como hasta ahora y Dios cumplirá su palabra en vosotros: 'Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia'. Lo digo en el único sentido que puede decirse salvando la integridad del dogma: sois unos predestinados de Dios".

El Padre Gibaja estaba muy emocionado. Siguió un minuto de profundo silencio y luego se escuchó la voz entrecortada del señor Obispo Fulcheri y Pietra Santa que entonaba: Te Deum laudamus.



De izq. a der., Salvador Alvarez Patrón (el que sin querer descubrió a los jefes de Guadalajara), León Avalos Vez, estudiante de la EIME, Excmo. Sr. Fulcheri Pietra Santa, obispo de Zamora, R. P. Ramón Martínez Silva, S. J., Heriberto Navarrete, de la escuela de Ingenieros de Guadalajara. Recién vueltos del destierro los 3 jóvenes.

Capítulo XII

A LA MONTAÑA

"La libertad no se mendiga. La libertad se arrebata".

Nos lo había dicho más de una vez Anacleto. Y Carlos Blanco tenía obsesión por aquella idea. Siempre que se analizaba la situación de México, nos decía:

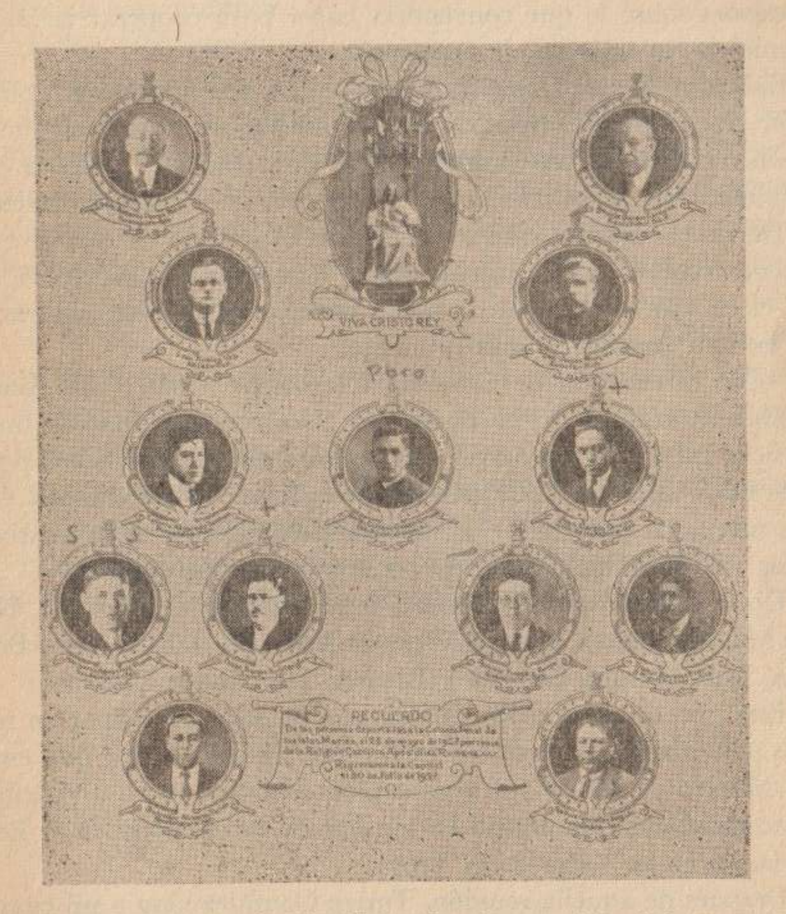
—Es necesario decidirse. Al fin y al cabo no van a dejarnos otro camino. La liberación está más allá de las azules montañas que en la lejanía cierran el horizonte.

Y llegó a ser proverbial en la A. C. J. M. del 26: No le demos vueltas: a las montañas azules.

El 31 de julio de 1927 nos encontró a los licenciados de la colonia penal planeando. Yo no tenía mucho qué pensar. El movimiento armado y las operaciones militares de nuestro incipiente ejército seguían adelante.

Busqué contacto con mis antiguos compañeros y pronto supe que Lauro Rocha estaba en Guadalajara curándose de una herida recibida en campaña.

Alguna dificultad presentaba para mí la falta de dinero para equiparme; pero en una de tantas fiestecitas familiares que nos hicieron en la capital, me informaron que el señor De la Mora, Obispo de San Luis Potosí, había ofrecido pagar el viaje de los liberados de las Islas a donde quisieran ir a radicar, para que la falta de recursos no fuera causa de reaprehensiones. Lo entrevisté. Me confirmó su ofrecimiento y le pedí doscientos cincuenta pesos para irme,



Los 13 deportados a las Islas Marías. Estuvieron en el penal dos meses. Este es un arreglo fotográfico hecho por Juan Carpio Ornelas como recuerdo de nuestra prisión.

así le dije, a los Estados Unidos. Con eso me ajuareé y en los últimos días de septiembre salí para Guadalajara.

Antes habíamos hecho una junta en México los antiguos acejotaemeros jaliscienses refugiados en la capital, para cambiar impresiones sobre lo que convendría hacer para cooperar en alguna forma en los trabajos de resistencia.

Salvador Torres González y yo opinábamos que nuestra obligación era irnos al campo con los levantados en armas, ya que habíamos cooperado activamente en la preparación y después en el sostenimiento de la rebelión. Pero no prevaleció nuestro deseo.

Dadas las noticias que se tenían, en el sentido de que el movimiento rebelde había sufrido serios descalabros y las actividades en el campo disminuían de modo notable, la opinión contraria a la nuestra parecía la más prudente.

—No es cuestión de cobardía, Heriberto —me decía Antonio Gómez Robledo—, pero dadas las circunstancias, parece un sacrificio inútil. Y creo que si esperamos ocasiones propicias, podremos hacer más por la Iglesia en otro género de actividades. O en esa misma, si pareciera que nuestra participación es necesaria alguna vez. Pero de pronto, mi consejo es que esperemos.

De su misma opinión fueron Vicente Camberos Vizcaíno, Nicolás Méndez Suárez, Gabriel Vázquez Arroyo, Esteban Cueva Brambila, Luis Morales Serrano y Ricardo Hernández Chávez.

Este grupo, más Carlos Torres, que no solía participar en nuestras actividades de católicos militantes; Hilario Pérez, que escapó de México el día de mi aprehensión 5 meses atrás, y Adalberto González Luna, que murió en los días de mi estancia en el Penal, vivíamos en la "Casa de la Troya".

Después de aquella reunión, Torres González vino a mi cuarto.

—¿Qué te parece?

—Tal vez tengan razón. Pero yo no me puedo quedar aquí cruzado de brazos. Y por ningún motivo me iré al extranjero.

—Yo pienso que no podemos escoger. Nuestro sitio está en el campo, en las filas de los combatientes.

—Yo ya ni lo pienso, ni pregunto. He recibido recados del licenciado Gómez Loza y la invitación que hace a todos los acejotaemeros el general Enrique Gorozticta. Yo me voy pronto al cerro.

—¿Qué tan pronto?

—Pasado mañana salgo para Guadalajara.

—Yo me voy también.

—Hecho. Nos iremos.

En Guadalajara hice todos los arreglos con Lauro Rocha, y unos días después, el 4 de octubre de 1927, fiesta onomástica del general Francisco Serrano, la misma en que el gobierno de Calles lo asesinó en compañía de sus partidarios, traicionados por el general Domínguez, me incorporé a las fuerzas de los católicos en rebelión.

Desde las rojizas llanuras alteñas, en los alrededores del pueblo de Zapotlanejo, empinado sobre los estribos de mi primera cabalgadura de beligerante, extendí en torno la mirada. Allá la mole pesada del Cerro Gordo, la silueta grácil del cerro del Picacho; acá el cerro de Santa Fe, el familiar cerro del Col y más lejos la dentada línea de las sierras de Zacatecas.

El panorama es hermoso y mis pulmones se llenan por primera vez de aire fresco, transparente y puro de libertad.

Y recordé a Carlos Blanco. Yo ya estoy en el escenario.

La liberación está más allá de las montañas azules.

INDICE

Introducción 5

I. Comprando parque 7

II. En los sótanos de la Inspección de Policía 17

III. La denuncia 30

IV. Obispos en la cárcel 38

V. Métodos policíacos 44

VI. Plan de fuga y deportación 51

VII. En las Islas Marías 59

VIII. La Cuadrilla Relámpago y otras ocurrencias 63

IX. Habitantes del presidio 71

X. La libertad 86

XI. Profecía del Padre Gibaja 88

XII. A la montaña 90

Acabóse de imprimir el día 21 de junio de 1965 en los Talleres de la Editorial Jus, S. A. Plaza de Abasolo número 14, Col. Guerrero, México 3, D. F. El tiro fue de 2,000 ejemplares.

EJEMPLAR Nº 1142

Colección

"MEXICO HEROICO"

1. *Monseñor Ibarra,* por el Dr. don Octaviano Márquez, Arzobispo de Puebla. 23.5 x 17 cms. 268 pp. en buen papel y 44 de láminas ... $ 20.00
2. *La Verdadera Revolución Mexicana.* 10a. Etapa (1924-1925). Por Alfonso Taracena. 272 pp. ..... $ 12.00
3. *Proyectos de Monarquía en México.* Por José Manuel Hidalgo, de la Comisión Imperial Mexicana en Miramar y exministro de México en Francia. 240 pp. .... $ 12.00
4. *Antón Lizardo - El Tratado Mac Lane-Ocampo - El Brindis del Desierto,* por Alejandro Villaseñor y Villaseñor. 356 pp. .... $ 16.00
5. *El 14 de marzo de 1858 - El Tratado Wyke-Zamacona - El Golpe de Estado de Paso del Norte - Juárez y la Baja California,* por Alejandro Villaseñor y Villaseñor. 312 pp. $ 14.00
6. *Querétaro, Memorias de un Oficial del Emperador Maximiliano:* Alberto Hans. 208 pp. .... $ 10.00
7. *Héroes y Caudillos de la Independencia,* por Alejandro Villaseñor y Villaseñor. Tomo I. 264 pp. $ 10.00
8. *Juárez y la Intervención,* por José Fuentes Mares. 246 pp. + 9 ils. $ 20.00
9. *La Verdadera Revolución Mexicana.* 11a. Etapa (1925-1926) con *índice onomástico* de los 11 primeros tomos. $ 15.00
10. *Desventura y Pasión de Carlota,* por David N. Arce. Con Prólogo de Alberto Valenzuela Rodarte ...... $ 6.00
11. *Héroes y Caudillos de la Independencia,* por Alejandro Villaseñor y Villaseñor. Tomo II. 336 pp. $ 15.00
12. *Biografía de D. José Joaquín Pesado,* por José M. Roa Bárcena. Con presentación de Luis Islas García $ 8.00
13. *La Juventud Católica y la Revolución Mejicana.* 1910-1925. Por Antonio Ríus Facius .... $ 30.00
14. *La Verdadera Revolución Mexicana.* Decimasegunda Etapa (1926-1927). $ 15.00
15. *Historia Sucinta de Michoacán.* Tomo II. *Provincia Mayor e Intendencia,* por José Bravo Ugarte $ 22.00
16. *Un Siglo de Méjico. De Hidalgo a Carranza,* por Alfonso Junco. Quinta Edición aumentada ...... $ 15.00
17. *Fray Juan Larios. Defensor de los Indios y Fundador de Coahuila,* por el Dr. J. Jesús Figueroa Torres $ 12.00
18. *Historia de la Provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacán, del Orden de N. P. S. Agustín,* por el P. Diego Basalenque, con Introd. y Notas de Bravo Ugarte $ 25.00
19. *Miguel M. de la Mora, el Obispo para todos.* Por Joaquín Antonio Peñalosa. .... $ 8.00
20. *La Educación y la Ley.* La Legislación en materia educativa en el México Independiente, por Carlos Alvear Acevedo .... $ 20.00
21. *Datos raros sobre caudillos de la Independencia,* por Joaquín Márquez Montiel .... $ 7.00
22. *Venustiano Carranza,* por Alfonso Taracena. 320 pp. .... $ 20.00
23. *Alboradas,* Vida del R. P. Antonio Repiso, S. J. Por Joaquín Márquez Montiel, S. J., 188 pp. y 22 ils. $ 12.00
24. *Temas Históricos de la Baja California,* por Adrián Valadés. 160 pp. . $ 12.00
25. *Juárez y el Imperio,* por José Fuentes Mares .... $ 20.00
26. *La Verdadera Revolución Mexicana.* Decimatercera Etapa (1927-1928), $ 15.00
27. *Allende, Primer Soldado de la Nación,* por Armando de Maria y Campos .... $ 20.00
28. *Matamoros, Teniente General Insurgente,* por Armando de Maria y Campos .... $ 10.00
29. *Juárez y los Estados Unidos,* por José Fuentes Mares .... $ 20.00
30. *Iturbide.* Documentos y Folletos sobre su muerte, exhumación y reinhumación, y monumento en Padilla. Prólogo y Notas de Bravo Ugarte $ 10.00
31. *Santarén. Conquistador pacífico,* por José Gutiérrez Casillas, S. J. 2a. edición .... $ 10.00
32. *Relaciones diplomáticas entre la Nueva España y el Japón,* por Francisco Santiago Cruz .... $ 6.00
33. *La Defensa de Tomochi,* por Plácido Chávez Calderón .... $ 5.00
34. *La Verdadera Revolución Mexicana* Decimaquinta Etapa (1929-1930). $ 25.00
35. *Fray Diego de Chávez,* por David N. Arce .... $ 8.00
36. *Historia Sucinta de Michoacán.* Tomo III. *Estado y Departamento,* por José Bravo Ugarte .... $ 25.00
37. *La Verdadera Revolución Mexicana.* Decimasexta Etapa (1930) ..... $ 25.00
38. *La Verdadera Revolución Mexicana.* Decimaséptima Etapa (1931) .... $ 20.00
39. *Diócesis y Obispos de la Iglesia Mexicana* (1519-1965), por José Bravo Ugarte .... $ 15.00
40. *En las Islas Marías,* por Heriberto Navarrete, S. J. .... $ 12.00

Sin número:

Hidalgo, por Ezequiel A. Chávez. 2a. edición .... $ 7.00

Morelos, por Ezequiel A. Chávez. 2a. edición .... $ 20.00

Agustín de Iturbide, Libertador de México, por Ezequiel A. Chávez. 2a. edición .... $ 12.00

Poinsett. Historia de una gran intriga. 4a. Edición, José Fuentes Mares .... $ 20.00

Benito Juárez, Estadista Mexicano (21 de marzo de 1806-18 de julio de 1877), 3a. Ed. Ezequiel A. Chávez .... $ 12.00

Por Dios y por la Patria. Memorias, por Heriberto Navarrete, S. J., 2a. edición .... $ 20.00